
Número 13

Literatura · Arte · Humanidades

al pie de la letra

Suplemento dedicado a
la poesía de **Javier Sicilia**

Colaboran en este número:

Noé Jitrik
Mar Moreno
Ileana Rubio Escalante
Roldán Peniche Barrera
Carlos Martín Briceño
Ángela María Ruíz Gaona
Rocío Chaveste Gutiérrez
José Saramago
Lawrence Durrell
Karla Marrufo
Briceida Cuevas Cob
Ermilo Abreu Gómez
Ma. Teresa Mézquita Méndez
Nezahualcóyotl
Ariel Guzmán
José Luis García





DIRECTORIO

Número 13. Mayo de 2011
Al pie de la letra.

Ing. Carlos Sauri Duch
Rector de la Universidad Modelo

Dr. Rubén Reyes Ramírez
Director de la Escuela de Humanidades

Lic. Juana Mateos de la Higuera García-Uceda
Coordinadora de Letras Hispánicas

Lic. Addy Góngora Basterra
Editora de Al pie de la letra

COLABORADORES DE ESTE NÚMERO

Noé Jitrik
Mar Moreno
Ileana Rubio Escalante
Roldán Peniche Barrera
Carlos Martín Briceño
Ángela María Ruíz Gaona
Rocío Chaveste Gutiérrez
Karla Marrufo
Briceida Cuevas Cob
Ma. Teresa Mézquita Méndez
Ariel Guzmán

Diseño Editorial e ilustraciones:
José Luis García

Y continuamos...

Por Addy Góngora Basterra

Todos conocemos supersticiones y creencias referentes a la mala suerte del número 13; nosotros felizmente podemos decir: ¡qué afortunados!, porque en este número convergen plumas prestigiosas, académicas, creativas, poéticas, todas ellas talentosas, diversas entre sí.



Da la bienvenida el texto "Ayeres | Hoyes" del escritor argentino Noé Jitrik, crítico literario y poeta. Es una alegría tenerlo entre nosotros en la sección **Letras de Agua** y, más aún, que su colaboración haya llegado a través de la convocatoria que Al Pie de la Letra hizo vía correo electrónico. Si bien ésta es una revista de la Escuela de Humanidades de la Universidad Modelo, nuestras páginas están abiertas a otras casas de estudios. Como el caso de Mar Moreno —quien respondió a la invitación vía Facebook— Profesora del Tecnológico de Monterrey, campus Morelia, colaborando con dos poesías que son juegos malabares ópticos y de palabras, como podemos constatarlo en los títulos: "Terrenamante" y "Deslertadas". Cierra esta sección la yucateca Ileana Rubio Escalante, quien acompaña su poesía "Sueño Ciego" con una ilustración que dialoga con sus letras: un péndulo por donde las horas caen.

En **Letras Graffiti** colaboran dos de las voces literarias más importantes de la ciudad. Primero el multifacético Roldán Peniche Barrera reseñando el libro "Caída libre" de Carlos Martín Briceño, genial exponente de la literatura yucateca actual, que como dijera la Dra. Sara Poot-Herrera "Como Gardel, cada vez *cuenta* mejor". De Martín Briceño publicamos el cuento "Insomnio".

Al Filo de la Letra cuenta en este número con la presencia de Ángela María Ruíz Gaona, joven escritora colombiana de la Fundación Universitaria del Área Andina, en Bogotá, que también respondió a la convocatoria de Facebook. Ángela nos comparte un ensayo muy bien entretejido "En el horizonte del silencio: Reflexiones sobre el ruido desde la literatura". ¡No se lo pierdan!

Esta edición tiene en el **Suplemento Especial** a Javier Sicilia como poeta. Se ha escuchado mucho de él en los últimos dos meses pero... ¿cuántos conocemos su poesía? Aquí hacemos una breve selección de su escritura: *No comprendo la muerte, y, sin embargo,/ si desciendo a su noche y presto oído,/ descubro que alguien canta...*



Enseguida continuamos con **Letras Indígenas**, nueva sección. Para inaugurarla, quién mejor que Briceida Cuevas Cob, que con su visión de la vida, su escritura maya y su talento nos comparte el poema "Como caracol de tierra": *Hay que envolverla con su pañal,/ arroparla,/ como caracol de tierra*, poema originalmente escrito en maya que aquí publicamos en español.

Manos a la Letra se llena de música y pasos de baile con "Lía: La nena del gato", relato de Rocío Chaveste Gutiérrez, terapeuta de profesión y bailarina por devoción. Así, nos lleva por distintos ritmos, por la ilusión de una muchacha que al enamorarse convierte a su hombre en un Dios que baila: *La orquesta tocaba para nosotros (...) Nadie existía, sólo él y yo. Y la música.* Continúa la sección la egresada modelista Karla Marrufo, fructífera promesa de las jóvenes letras yucatecas, con el relato "Naturalezas Muertas", donde podemos dar fe de su destreza como narradora.

Y después de varios números, retomamos en esta ocasión la sección **Letras Signadas**, donde traemos la voz de autores consagrados como José Saramago, Lawrence Durrell, Ermilo Abreu Gómez y Nezahualcóyotl, con fragmentos o frases breves llenas de verdad, sabiduría y belleza.

Y por último, **Siluetra**. Sección de arte visual que hoy ocupa Ariel Guzmán con una selección de "Back Play", su obra más reciente dedicada a las espaldas, como puede verse si desplegamos la portada y contraportada de esta edición. Para ello, la periodista cultural María Teresa Mézquita Méndez acompaña la pintura de Ariel con un texto que reseña la exposición realizada en el MACAY: *En Guzmán, están las espaldas desnudas pero cargadas de significados; son espaldas como mapas, como poemas, como historias, como incógnitas, como sueños y memorias.*

Por último, un agradecimiento especial al artista visual José Luis García, quien una vez más estuvo a cargo del diseño de la revista.

Son bienvenidas todas las propuestas, ideas, colaboraciones y comentarios en alpiedelaletra@live.com.mx

¡Nos vemos el próximo semestre!





AYERES / HOYES

Por Noé Jitrik

Yo soy el que ayer nomás
callaba
otro es el que decía.
Pero no! No hay ayer
dónde está el ayer
ni hay decir
que no sea el del callar
¿quién dice ayer?
y se atreve
es tal vez el que dijo
adiós
en medio de una bruma
de sombras
y gestos disipados
ese adiós
es todo el ayer
un brillo oscuro
en un hoy que no es más
que una luz
intermitente
luz de adioses
incesantes
relámpagos en el cielo
un instante imborrable
y después
ese ayer que no está
en ninguna parte
o sólo está
en el adiós.

Noé Jitrik nació en 1928. Es escritor y destacado crítico literario argentino. Vivió exiliado en México durante la Dictadura Militar. Ha recibido el premio Chevallier des Arts et Des Lettres otorgado por el gobierno de Francia, y en México el Premio Xavier Villaurrutia en 1981, entre otros. Actualmente está a cargo de la monumental obra "Historia Crítica de la Literatura Argentina", publicada por Editorial Sudamericana y dividida en 12 tomos. El poema anterior lo leyó a principios de este año ante amigos y familiares en el festejo de sus bodas de oro. Siempre recuerda con nostalgia los arcos de Progreso al atardecer.

Ilustración: José Luis García en base a una obra de Picasso



TERRENAMANTE

Por Mar Moreno

Las hojas
c
a
e
n
cada una entre la llu VI AHhhh!!!
o en el [silencio] onírico.

Voces amarillas blancas
con tallos atados de esperanzas.
[seremos tierra,
rincones de otros sures
***destinos*].**

Hojas de un sí o un no,
de besos para no deshojarse en los labios
Margarita,
¿para qué arrancarle un pétalo?



Deslertadas

Por Mar Moreno

He vuelto con rostro berebere
cuando creí que Magreb era agua:
un silencio de tierra,
cierto tiempo sin olvido a tocar [mis] arenas.

Recuesto mi esperanza sobre gotas de sol
[pierdo el ritmo]
calor,
anochados los segundos de su pelo
[eternos]
vientos y recuerdo.
La mujer vuelve con vestido negro
ya no de gasa, sino de vuelo:
sus alas
hun
die *ron*
mi lengua por la sed de sus ojos profundos:
sin memoria
sin regresos partidos:
como desierto que se hizo hielo: Dios

Mar Moreno es Profesora
del Tecnológico de Monterrey, campus Morelia.

SUEÑO CIEGO

Por Ileana Rubio Escalante

El silencio gime.
Te has ido.

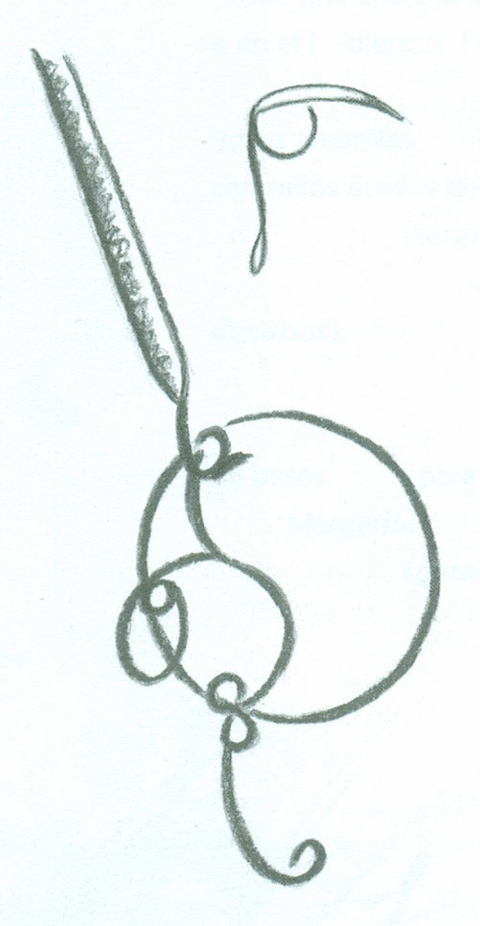
La pared se agrieta con el vaivén del péndulo,
las horas caen.
Te has ido.

Mi cama se hunde, se corrompe sin tu mar,
las olas duermen.
Te has ido.

Mi boca seca escupe el llanto de mi voz muda,
muda de amor te has ido.

Ya no es mío el deseo ni recuerdo lo que es mío,
sueño ciego.

Te has ido.



Ileana Rubio Escalante es escritora, pintora y yucateca.
Actualmente estudia la Carrera en Creación Literaria en Bellas Artes.
Es suya la ilustración que acompaña el poema.

Caída Libre

Cuentos de Carlos Martín Briceño

Por Roldán Peniche Barrera

Decir que la prosa narrativa de Carlos Martín ha progresado constituiría un lugar común, pero ignorar ese hecho implicaría desconocer su obra en lo esencial. Nosotros nos hemos leído tres o cuatro libros suyos y tenemos una idea bastante clara de sus aciertos y de sus "shortcoming". Todavía recordamos "al final de la vigilia" (2003 y 2006) y su posterior "Los mártires del freeway y otras historias" (2006 y 2008), relatos que ya encauzan una idea y que pugnan por dar con una forma y un estilo. Pero ya se dibuja en el horizonte la figura de un narrador, de un hombre joven que sabe lo que tiene entre manos y que, usado a narrar vivencias propias o ajenas, nos depara un universo rico en realidades cotidianas. Tiene razón el mini-narrador y crítico nuestro amigo Benjamín Emeterio al advertirnos de ciertos cambios sustantivos en el estilo de Carlos. De "Al final de la vigilia" a "Caída Libre", el libro más reciente de nuestro autor, observamos diferencias: las formas se agilizan, al grado de leerse los textos sin solución de continuidad; los hechos en ellos contenidos exploran la condición humana y se nos dan en el realismo propio de nuestro tiempo, en la conducta social absurda y egoísta, en la cultura del whisky, del "pot" (o de la droga mayor), del "affaire" y de otros encuentros lúbricos. La descomposición social está explicada en cada uno de los catorce cuentos cortos que integran este volumen. Pero explicada con la verdadera intensión literaria que no regatea el detalle sórdido ni la repugnante coreografía.

Los cuentos de Carlos Martín son ejercicios de prosa narrativa cuya calidad está fuera de discusión. Claro, no todos están a la misma altura, pero sí todos acusan una limpieza de trazo, esto es, una facilidad de decir cosas y de situar al lector exactamente donde el narrador lo desea. Pero tampoco lo restringe y si se le suelta mucha cuerda para asumir con holganza su papel complementario de creador, de lector-creador.

"La llamada del abismo", "Convenios", "Insomnios", son narraciones que merecen un sitial en las antologías de los jóvenes narradores. Y hay otros por ahí, de lenguaje rudo y de cáscara dura, dignos de ser mencionados. Sin embargo, si tuviésemos qué escoger, tarea un tanto difícil, nos pronunciaríamos por "Round de sombra" y "Caída libre" (que da título al libro). Son los cuentos postreros del volumen y, podríamos decir, lucen más acabados, aunque nuestra opinión es, por supuesto, a titulo personal. Claro, no estamos para contar los entramados de los cuentos, pero si



postular que del primero nos ha conquistado su lenguaje fresco y directo, el asunto, bien manejado, del martirio del escritor para ser reconocido y publicado, drama que vivimos quienes nos consagramos a las letras, finalmente el elemento sorpresa disparado a sangre fría y con todas las agravantes de la ley.

"Caída libre" es una suerte de itinerario, de bitácora sin brújula que nos enfila a cuba. Nos gustan las descripciones que hace el autor de las escenografías habaneras y de sus personajes penumbrosos y del recuerdo trabado de Violeta, fijación compañera de viaje. Felicitamos a Carlos Martín por el presente trabajo editado por Ficticia (¿el tercero?) en su "Biblioteca de Cuento contemporáneo" que tantas sorpresas nos presenta.

En el último momento nos informan que el crítico literario Sergio González Rodríguez en el Periódico Reforma lo incluyo entre los 10 mejores cuentos del año; reitero felicidades.

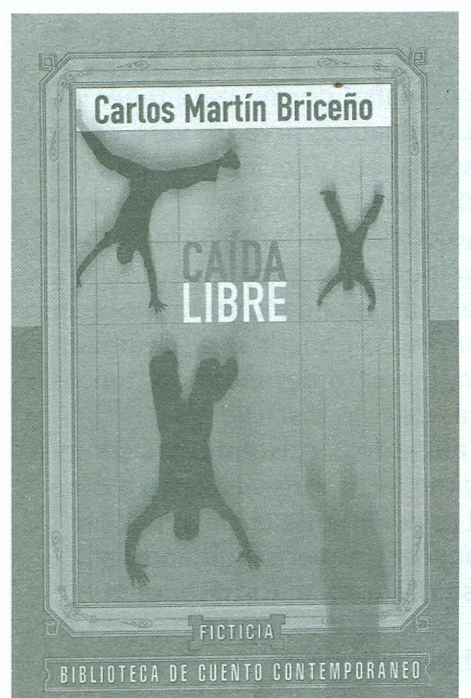
Roldán Peniche Barrera es poeta, narrador, ensayista, crítico de arte, traductor y dibujante. Ha escrito más de una veintena de libros. En 1992 recibió el Premio Antonio Mediz Bolio por el conjunto de su obra literaria.

A continuación, presentamos uno de los cuentos del libro "Caída libre" de Carlos Martín Briceño* y uno de los favoritos del autor.

INSOMNIOS

Para Rosa Beltrán

Otra vez, otra vez ese llanto en la madrugada; debería voltear, abrazarla, acercarme, cumplir el rito del marido amoroso, hacerle creer que comparto su pena, que me duele también el estado de su madre; sin ningún pudor el llanto sube de tono, no va a parar hasta que me levante y la abrace en la oscuridad; y ahí están, además, esos ladridos del doberman del vecino; ya lo habría envenenado si no fuera porque Malena prefiere evitar líos. Ahora se levanta y va al baño; la escucho revolver las gavetas; sé lo que busca, toma lo mismo desde hace meses; no lo acepta, pero lo necesita; y cada vez en dosis mayores; en el reloj de pared, las agujas fosforescentes señalan las tres cuarenta y cinco: mañana seré un autómata en la oficina; ayer estuve a punto de estrellarme al ir al trabajo; cuando abrí los ojos estaba casi encima del coche de adelante; el frenazo debió quedar marcado en el pavimento; siquiera reaccioné a tiempo. Debo dormir, ¡necesito dormir!, pero, ¿cómo con Malena vagando a oscuras por la casa?, de nada serviría



ponerse tapones en los oídos, seguiría escuchando ese ladrar de la chingada; y como si no fuera suficiente, el rumrum de la máquina de oxígeno que ayuda a respirar a mi suegra desde que se puso peor, acompañándolos; ella agoniza en mi antiguo estudio, ahora sección de hospital con enfermera e instrumental incluidos; hay que ver lo que cuestan; nada más la enfermera se lleva mes a mes la cuarta parte de mi sueldo; ¿y si pierdo mi trabajo?, a ver quién carga con la vieja; ayer firmé por otro invento costosísimo: un nebulizador ultrasónico; mi mujer me habló desesperada a la oficina, ni siquiera escuchó cuando le dije “estoy con un cliente cerrando un contrato”; su madre estaba teniendo otro más de esos ataques respiratorios que, tarde o temprano, la llevarán a la tumba. “Con un nebulizador ultrasónico dijo el médico que la salvamos”, trató de convencerme. “¿No te das cuenta —por qué no le dije— que todo esto es inútil?”; mis tarjetas están al tope, sigo atorado con el segundo préstamo y, tras dos años seguidos, vuelvo a cobrar mis vacaciones en lugar de disfrutarlas, ¿cuándo va a terminar?; mi cuñado fue más inteligente, desde un principio se zafó; lo criticaron un rato pero se libró de todo este circo. Malena sigue en el baño; de seguro hojea esas revistas que trae cuando viene del súper; que la desestresan, pretexta, que la ayudan a resistir, a olvidar los meses que su madre lleva luchando contra el cáncer cerebral, me dice, cuando le insisto en que comprarlas es tirar los billetes por el inodoro; y ahora este perro se pone a aullar; carajo; pensar que estuvimos a punto de cambiarnos de casa; hasta inicié los trámites del crédito en el banco; había una en las afueras de la ciudad, con un gran terreno y árboles frutales, como para construir en el fondo una parrilla y una piscina para los niños; qué bueno que no le entré al compromiso. El inodoro descarga, oigo los pasos de mi mujer, se acerca, escucho su respirar pausado; la percibo dirigirse al otro cuarto; coño; como si no bastara con la friega del día, insiste en pasar noches enteras allá; llevamos semanas, meses, sin coger, sin dormir como se debe; ayer en la madrugada tuve que ir a traerla, estaba en el suelo sobre un cobertor extendido, a los pies de su madre; el tufo a orines y medicamentos me espantó el sueño. “Vamos”, la tomé de un brazo con firmeza. “Para eso está aquí la enfermera”, aunque la empleada roncaba a gusto en mi reposet. Tosen. ¿La vieja? ¿Los niños? También ellos lo están resintiendo; hace mucho que no salimos; se la pasan frente a la televisión o metidos en los videojuegos; el grande está cada vez peor, irritable, molesto por todo este desmadre; y de encima debo atenderlos al volver del trabajo; desde que mi suegra está aquí, Malena no tiene cabeza; los niños me esperan para que les prepare de cenar; luego debo ver que terminen sus tareas, se vayan a la cama; los quiero pero no estoy dispuesto a jugar por más tiempo a la mamá; al menor le ha dado por levantarse a medianoche; varias veces lo he encontrado en la cocina; tengo hambre, papá, se justifica al verme; tal vez piensa que lo

voy a regañar, y sólo quiero dormir, dormir para estar bien por la mañana, dormir para tener la mente despejada y seguir tan campante por la vida como mis subordinados; sirvo un vaso de leche con chocolate; el chorro rompe el silencio, su aroma dulzón se esparce en la cocina; escucho el líquido que recorre la garganta de Mauricio; lo abrazo y lo llevo de vuelta a su cama. ¡El doberman de nuevo! ¿Por qué no se calla ese animal? ¿Qué chingados tengo que aguantarle sus ladridos? Mañana mismo lo enveneno; si lo otro fuera así de fácil... "¿Y qué podemos hacer?", me echó en cara la otra noche Malena cuando dije que era hora de tomar medidas, que de lo contrario íbamos a irnos todos antes que su madre. "¿Qué quieres? ¿Quitarle el oxígeno o ponerle una almohada en la cara para acabarla? ¡Escoge!" Se descompuso: la voz quebrada, el rostro desencajado, tensos los músculos del cuello; no le respondí, sólo iba a desatar otra más de esas discusiones interminables; mi único deseo era dormir. Más ladridos: agudos, alterados, insistentes; es como si el perro estuviera adentro de la casa; hay voces en el otro cuarto; me incorporo y alcanzo a oír a mi mujer discutiendo con la enfermera: le reclama que no esté al pendiente de la vieja; por un momento trato de entender; no ha de ser fácil obligarse a permanecer despierto cuidando el oxígeno que aspira alguien prácticamente muerto; Malena regresa después al dormitorio; la espero en la penumbra, apoyado contra la cabecera de la cama.

—¿Qué te pasa? ¿Ya viste la hora que es? ¿Quieres que ésta también se largue? ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó conseguirla?

—¡No aguanto, te juro que ya no aguanto! —se sienta a mi lado, indefensa.

—¿Puedes calmarte? ¡Intento dormir!

Levanta la cara; el resplandor de la luz de la calle deja ver que llora; no me atrevo a consolarla, tengo una junta importante mañana y necesito llegar con la mente clara; si la abrazo no va a parar allí, habrá que escucharla largo rato; imposible volver a conciliar el sueño; en la ventana, la luna desborda una sucia luminosidad.

—Ya, tranquilízate. Ven a la cama, también debes descansar.

Ella sigue sentada, sollozante; me reclino en la almohada; cierro los ojos y trato de poner mi mente en blanco; necesito dormir; en un rato comenzará a clarear y habrá que ir a la oficina; para entonces, las píldoras que ha tomado empezarán a hacerle efecto; ahora se inclina hacia mí, me estrecha y vuelve a llorar; no tengo otra opción que abrazarla; su cuerpo se amolda al mío; si espera palabras de aliento, sólo obtiene un tranquilízate repetitivo que me hace sentir ridículo; después de unos minutos cesa, se aparta y se recuesta sobre su costado, dándome la espalda; pronto el sueño la arrebata, como si todo lo anterior lo hubiera hecho nada más por joder; su ronquido rasposo me exaspera; con cuidado me pongo de pie: no tiene caso hacer el tonto tratando de dormirse esta madrugada; el cielo se torna grisáceo en la ventana; ya casi amanece; me llega el sonido del tráfico que se desliza, próximo, sobre el asfalto; una luz se enciende en la cocina de la casa de enfrente, las hojas del ficus del jardín delantero brillan con el rocío; nadie en la calle; por fin el doberman se ha callado; silencio en la casa; ni siquiera el rumor de la máquina de oxígeno, ni siquiera.

* El narrador Carlos Martín Briceño nació en Mérida en 1966. En el 2003 obtuvo el Premio Nacional de cuento Beatriz Espejo y el Premio Nacional de cuento de la Universidad Autónoma de Yucatán en el 2004. Sus libros de cuento publicados son Después del aguacero (La Tinta de Alcatraz, Toluca, 2000); Al final de la vigilia, Dante, Mérida, 2003; SEP, México D.F. 2006); Los mártires del Freeway y otras historias (Ficticia, México D.F. 2006 y 2008) y Caída Libre, (Ficticia, México DF, 2010). Cuentos suyos han sido incluidos en numerosas revistas nacionales y extranjeras.

En el horizonte del silencio:

Reflexiones sobre el ruido en la Literatura

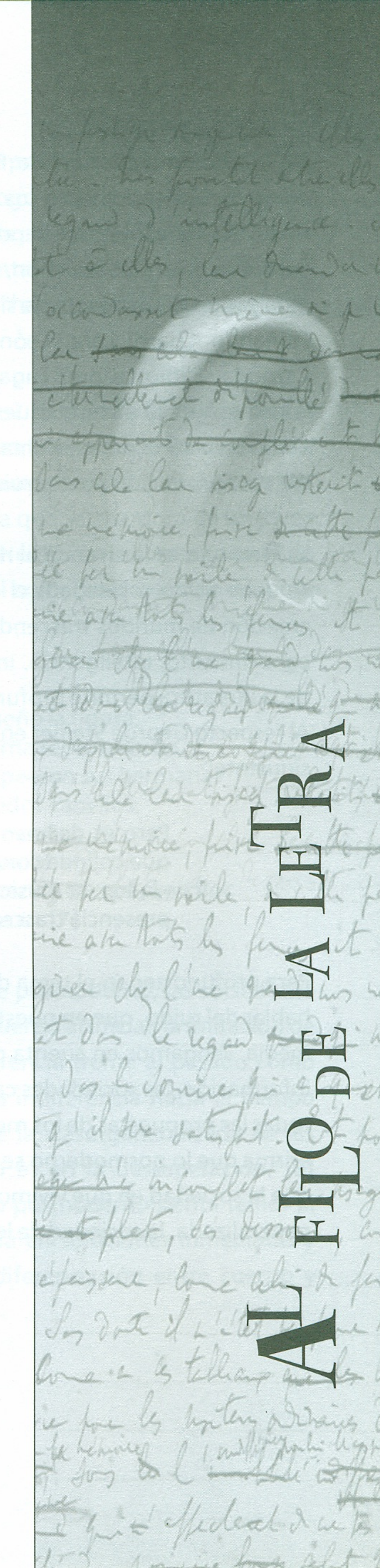
Por Ángela María Ruíz Gaona

El silencio
es imagen de lo desconocido
-es el reflejo negado-
es la voz
de sus miedos.
Desde entonces existe el ruido.

Elido Latorre Lagares

Rodeados de ruido los seres humanos del siglo XXI no encontramos resguardo. Convivimos con aquellos ruidosos elementos de la ciudad, la tecnología y la industria. Nos dejamos seducir por el ruido del consumo de productos, la moda, los cambios de gustos y estilos privados. También, el ruido es una cuestión que atañe a la palabra, aquella jactanciosa y vacía, con la cual los "hacedores de palabras", es decir,

> … gente que fabrica, para venderlos, una serie de artículos que están ligados a la sonoridad de las palabras, en vez de trabajar para sí misma en el plano del *logos*, esto es, de la armazón racional del discurso. Tenemos, por lo tanto, la *paideia*, definida como aquella con lo cual uno se jacta ante los otros, aquello que es el objeto mismo de esos artesanos del ruido verbal. [2]





De la anterior reflexión de Foucault sobre la *paideia*, entendida como el ruido que hacen los "hacedores de palabras", se muestra un análisis que integra a lo posmoderno desde los estudios sobre el consumo y la globalización, para llegar en nuestro artículo, a la indagación del concepto de silencio, teniendo en cuenta poemas de Fernando Charry Lara, León de Greiff, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Elidio LaTorre Lagares, Jorge Gaitán Durán, Luis Carlos López y Aurelio Arturo. Nuestro propósito es plantear el silencio como un estado del ser humano posmoderno, un refugio en medio del caos producido por los ruidosos: "hacedores de palabras".

La literatura es la entrada al mundo del silencio, es un universo que se debe vivir en soledad, el que lee y escribe tiene a su favor la creación de mundos trascendentes, un discurso consolidado por el conocimiento, inteligencia, imaginación y sensibilidad. El lenguaje de la literatura permite profundizar en los mundos que nos rodean. Al respecto George Steiner en el ensayo *Lenguaje y silencio* anota lo siguiente:

> Pero es decisivo que el lenguaje tenga sus fronteras, que colinde con otras tres modalidades de afirmación –la luz, la música, el silencio- que dan prueba de una presencia trascendente en la fábrica del universo.[3]

Para profundizar en el tema del silencio, inevitablemente debemos hablar del ruido, que en nuestra orientación conectamos a los mass media. Tengamos en cuenta que con la saturación de tecnología e información, las sociedades cambian hacia un mundo más abierto a todas las propuestas de los medios. [4] Por tal razón, Gianni Vattimo afirma que lo posmoderno se sigue estudiando "ligado al hecho de que la sociedad en que vivimos es una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los medios de comunicación".[5]

Ahora bien, hablando del ser humano actual y su capacidad de producir ruido en cuanto a la comunicación, el filósofo francés Gilles Lipovestky y el sociólogo polaco Zygmun Bauman, aunque se distancian en perspectivas teóricas, exponen desde su óptica los conceptos de *narciso* y *turista* respectivamente. Para los dos es fundamental la relación del individuo posmoderno con el cuerpo. El *narciso* y el *turista* son los "hacedores de palabras", en referencia al tema de la *paideia* de Foucault.

¿Cómo se relaciona el *narciso* con el tema del ruido y el silencio? pues en la literatura está la respuesta o el puente, recordemos el origen mítico de *narciso* en la versión de Ovidio- el cual es el ejemplo más destacado en cuanto antigüedad-, en *Metamorfosis III, 339-402*, Ovidio fusiona los mitos de Eco y Narciso.**[6]** Es la historia de una ninfa que se enamora de un joven de gran belleza, él la rechaza cruelmente, siendo castigado por Némesis a mirarse enamorado de sí mismo en el reflejo de una fuente, finalmente, se arroja al agua donde tiempo después crece una flor, a continuación un fragmento de la obra:

> Él su cabeza cansada en la verde hierba abajó,
> Sus luces la muerte cerró. Que admiraban de su dueño la figura.
> Entonces también, a sí, después que fue en la infierna sede recibido,
> En la Estigia agua se contemplaba. En duelo se golpearon sus hermanas
> Las Náyades, y a su hermano depositaron sus cortados cabellos,
> En duelo se golpearon las Dríades: sus golpes asuenan Eco.
> Y ya la pira y las agitadas antorchas y el féretro preparaban:
> En ninguna parte el cuerpo estaba, zafranada, en vez de cuerpo, una flor,
> Encuentran, a la que hojas en su mitad ceñían blancas. **[7]**

Lipovestky toma el mito de *narciso* para caracterizar al hombre posmoderno, las sociedades se ven a sí mismas en la superficie, la seducción del cultivo del cuerpo artificial, la imitación de parámetros mundanos, vivir el presente en apatía, con indiferencia frente al pasado como tradición, al futuro como continuidad de la historia: "con esa indiferencia hacia el tiempo histórico emerge el "narcisismo colectivo", síntoma social de la clase generalizada de las sociedades burguesas, incapaces de afrontar el futuro si no es en la desesperación."**[8]** Entonces, la preocupación por el cuerpo hace que el individuo posmoderno sienta temor al paso del tiempo, el terror hacia la vejez genera una búsqueda en soluciones inmediatas y artificiales, el narcisismo inevitablemente conlleva a una indiferenciación entre cuerpo y espíritu. De esta manera, Lipovetsky nos lo explica mejor:

> El cuerpo psicológico ha substituido al cuerpo objetivo y la concienciación [sic] del cuerpo por sí mismo se ha convertido en una finalidad en sí para el narcisismo [...] de ahí emana la voluntad de redescubrir el cuerpo desde dentro, la búsqueda furiosa de la idiosincrasia, es decir, el mismo narcisismo, ese agente de psicologización del cuerpo, ese instrumento de conquista de la subjetividad del cuerpo por todas las técnicas contemporáneas de expresión, concentración y relajación. **[9]**

Por su parte, Zigmunt Bauman nos habla de otra noción, la del *turista*, metáfora de los seres del siglo XXI que buscan vivir fugazmente entre la libertad de poseer cosas sin preocuparse. En este sentido, plantea que el *turista* es un ser pendiente del spa, que se ocupa de las trivialidades dadas por su siglo, sin pensar en las cuestiones que afectan el mundo (guerras, pobreza, indiferencia social, sociedad de consumo...) para desarrollar su propia visión crítica. El *turista* es un ser despersonalizado, sigue los mismos lineamientos de los demás porque

> ... nadie sino el turista está tan conspicuamente disuelto en número, es intercambiable, despersonalizado. "Todos hacen lo mismo". Los caminos están pisados, amasados por innumerables pies; las vistas recorridas por incontables ojos; las burdas texturas pulidas hasta brillar por innumerables manos. **[10]**

Entonces, el *narciso* y el *turista* son dos nociones posmodernas que representan aquellos seres que han hecho *ruido* de su discurso verbal. El lenguaje en manos de los *narcisos* y *turistas* se vuelve fugaz, momentáneo y ruidoso, en palabras de Shakespeare lo leemos aludiendo a la vida contada por los ruidosos: *"La vida no es más que una sombra en marcha; un mal actor que se pavonea y se agita una hora en el escenario y después no vuelve a saberse de él, es un cuento contado por un*

idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada". [11] (Acto V, Escena V). También, sobre el ruido escribe Luis Carlos López en su poema *Versos a la luna*, el poeta colombiano se refiere a neurasténicos, bardos melenudos, piojosos, quienes cantan ruidosamente. En las próximas estrofas se aprecia cómo en la mirada que el poeta hace de la luna, llega a apreciar el mismo silencio, y el ruido se encuentra en las "cantinas", mundo ruidoso:

Más tú ofreces vieja saturnina,
Con qué elocuencia en los espacios mudos
Consuelo al que la vida laceró,

Mientras te cantan en cualquier cantina,
Neurasténicos, bardos melenudos
Y piojosos, que juegan dominó. **[12]**

Por otro lado, el poeta colombiano Fernando Charry Lara expresa la descripción de su estado íntimo como alternativa para escuchar el alma en silencio, recurriendo al símbolo de la llama, que alude al ardiente deseo de revivir la palabra poética:

Despierto en la noche lleno de palabras
como envuelta entre las llamas de la música
se levanta una casa en la distancia.
Un perfume hay, un valle de silencio,
un lento roce o beso se aproximan, callando,
asi llega el delirio, el fulgor solitario del insomnio. **[13]**

El silencio motiva agudizar los sentidos hacia otros universos que pueden darnos profundidad en la manera de comprender el mundo, hay sensibilización en esta esfera silenciosa, podemos escucharnos los latidos del corazón y encontrar sabiduría:

El silencio transmuta,
Escucha los latidos
hace eco a las ideas secretas.
El silencio es camaleones
es higo es serpiente
es árbol de la sabiduría. **[14]**

Steiner recuerda al poeta en búsqueda de silencio porque en su voz está el canto que edifica ciudades, crea universos llenos de dioses y de hombres. El poeta es el compositor del silencio.

Es precisamente la nostalgia por ese mundo bucólico de palabras, que el poeta Miguel Hernández con su poema *El silbo de afirmación en la aldea*, expresa su visión de cultivar el lenguaje en el descanso, el silencio, la sencillez y el espíritu, así dicen los versos:

Lo que haya de venir, aquí lo espero
cultivando el romero y la pobreza.
Aquí de nuevo empieza
el orden, se reanuda
el reposo, por yerros alterado,
mi vida humilde, y por humilde, muda.
Y Dios dirá, que está siempre callado. **[15]**

Hablamos entonces de los silencios elocuentes que encontramos en la literatura, los poetas que en medio de sus discursos recurren al silencio del mundo para darnos la paz. La armonía producida en este momento es lo que buscamos exponer en este artículo.

Charry Lara nos conecta nuevamente con el cuerpo de la mujer en la intimidad de una llama para explorar el silencio, la intimidad que produce este símbolo la percibimos en la memoria del poeta:

En la tarde vagando, voluptuoso
de horizontes sin fin, la lejanía
me envuelve en tu recuerdo silencioso.

Claros cabellos, cuerpo, ojos lejanos,
pálidos hombros. Oh, si en este día
tuviera yo tu mano entre mis manos. **[16]**

También, León de Greiff escribe sobre el cuerpo, allí está el mundo del silencio, entre curvas, un dorso, sueños y erotismo. Para el poeta es el anhelo y nostalgia por encontrar en este símbolo la palabra poética: el silencio, así lo leemos en el poema "Balada del mar no visto, Rimada en versos diversos":

La cántiga ondulosa de su trémula curva
no ha mecido mis sueños;
ni oí de sus sirenas la erótica quejumbre;
ni aturdió mi retina con el rútilo azogue
que rueda por su dorso...
Sus resonantes trombas,
sus silencios, yo nunca pude oír... **[17]**

El erotismo y el silencio se dan la mano para revivir palabras; sin entrar a explorar el tema de lo erótico, el poeta Jorge Gaitán Durán nos presenta otro poema en el que invoca el silencio en momentos de intenso calor, la cercanía de dos cuerpos. Para el poeta colombiano, el silencio nos lleva a un deseo íntimo y nocturno. Además, la música de vuelo de Gaitán Durán, es el mismo silencio, "sigilo húmedo" para llegar hacia el cuerpo y ser raíz, "la tierra fue de nuevo mi deseo":

Cantó en el cielo el azul de la noche
y el ruiseñor huyó al umbral del tiempo.
Los cerros llamaron con música de vuelo
a las estrellas. Pasó un ciervo blanco
por el sigilo húmedo del bosque,
y en la sombra despertó tu desnudo.
La tierra fue de nuevo mi deseo. **[18]**

El puertorriqueño Elido Latorre Lagares escribe versos que describen poéticamente el silencio, enmarcados en contraste con los versos que nos hablan de los "hacedores de palabras", los fabricantes del ruido, "los seres bicéfalo, los de cabeza y televisor", esa imagen creada por Latorre, nos trae de vuelta a la posmodernidad con respecto a los medios masivos de comunicación. Para el poeta el silencio es la manera de encontrarse a sí mismo, y en esa medida, descubrir todos los miedos guardados. Por tal razón, los seres prefieren el ruido, saben que estar en silencio compromete mostrarse lo que es uno, el autor lo plasma en versos así:

Hay hombres bicéfalos- cabeza y televisor-
Que le temen-
Y le temen tanto a la oscuridad,
Porque
para ellos,
El silencio
es imagen de lo desconocido
Es el reflejo negado-
Es la voz de sus miedos. **[19]**

El poeta español Luis Cernuda alude al silencio en su relación con la soledad. Presentaremos apartes de los poemas XVIII y XXI, del libro *La realidad y el deseo*:

Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos
Sólo. Silencio; nada.
La oscuridad temblando. (XVIII,5)
Cuán vanamente atónita
Resucita de nuevo
La soledad. (XXI,4) **[20]**

Esta soledad permite que el universo propio sea creado, está fuera del tiempo como lo conocemos, nos lleva a un momento ancestral, es decir, el silencio desde lo mítico en el lenguaje poético, por ejemplo. un lenguaje libre de *narcisos* y *turistas*.

En esta dirección, presentamos un poema del colombiano Aurelio Arturo, en el que el poeta muestra el silencio en el horizonte de lo mítico, en otras palabras, la exploración del origen, los ancestros, la naturaleza en su expresión más creadora "cuerpos como sordos musgos", "sombra bordadora", leamos un aparte del poema :

Ronco tambor entre la noche suena
cuando están todos muertos, cuando todos,
en el sueño, en la muerte, callan llenos
de un silencio tan hondo como un grito.

Róndeme el sueño de sedosas alas,
róndeme cual laurel de oscuras hojas
mas oh el gran huracán de los silencios
hondos, de los silencios clamorosos.

Y junto a aquel vivac de viejos libros,
mientras sombra y silencio mueve, sorda
la noche que simula una arboleda,
te busco en las honduras prodigiosas,
ígnea, voraz, palabra encadenada. **[21]**

En el silencio las sociedades disfrutan de la renovación de perspectivas, de su imaginación, la profundidad de la cultura, el retorno a la visión sagrada del mundo. Por tal razón, el silencio que plantea Arturo en su poema

> … no es simple soporte estilístico, sino rigor envolvente, ritmo insistente, trance. Callar para escuchar la naturaleza es vaciar la cultura y exponerla a una instauración fundante y elemental. La voz que apalabra deja acontecer lo sagrado a través de su poetizar que es vida imaginaria. En una sociedad que hace lo posible para evitar el silencio, la poesía arturiana nos reenvía al mundo oculto desacostumbrado, al sentido pleno que niega y a la vez renueva sus valores. **[22]**

Hemos tejido la idea que queremos plantear del silencio, tuvimos en cuenta los siguientes aspectos: la soledad en la literatura y todo lo concerniente a este eje en el lenguaje poético: la vida sencilla, lo desconocido en el hombre, el cuerpo de la mujer, lo mítico y ritual. Podríamos seguir invocando largamente poetas que toman lo silencioso como semblante fundamental de su universo poético.

Presentamos el contraste entre el ruido y el silencio en el marco de la posmodernidad, las caracterizaciones del silencio desde la palabra poética. Estudiamos la *paideia* en relación con los *narcisos* y *turistas,* "hacedores de palabras".

El ruido y el silencio son expresiones de las personas, sin embargo, planteamos el contraste entre uno y otro, para evidenciar la importancia de la poesía a la hora de reflexionar sobre cuestiones que nos atañen en este tiempo. Entonces, dejamos al lector con la invitación de abordar el mundo desde las palabras silenciosas, por esta razón, es posible afirmar que los seres humanos del siglo XXI si encontramos resguardo, cada vez que leemos el silencio, cada vez que nos enfrentamos con nosotros mismos.

Notas:

[1] La Torre Lagares, Elidio. "Silencio". En: *Cuerpo sin sombras.* 1998 Isla Negra, San Juan, p.16.
[2] Foucault, Michel. *La Hermenéutica del sujeto*. Akal, Madrid, 2005, p. 229.
[3] Steiner, George. *Lenguaje y Silencio*. Gedisa, Barcelona, 2003, p. 56.
[4][Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente.* Paidós, Milán, 1989, p. 91.
[5] Vattimo, Gianni et al. "Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?". En: *En torno a la posmodernidad*. Anthropos, Barcelona, 1990, p. 9.
[6] Al respecto, existe otra versión de *Eco y Narciso* de Pedro Calderón de la Barca. BiblioBazaar, Estados Unidos, 2007.
[7] Ovidio. *Metamorfosis.* Espasa Calpe, Barcelona, 1972, p. 68.
[8] Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío.* Trad. de J. Vinyoli y M. Pendax, 4 edición, Anagrama, Barcelona, 2006, pp. 51-52.
[9] Op. Cit., p. 62.
[10] Bauman, Zygmun. *Ética posmoderna*. Siglo XX, Buenos Aires, 2004, p. 275.
[11] Shakespeare, William. *Macbeth*, Acto V, Escena V. En: El libro Total [En línea], Sic, Bogotá, [Consulta 30 de Octubre de 2010] http://www.ellibrototal.com/ltotal/nuevo_inicio.jsp?c=1
[12] López, Luis Carlos. "Versos a la luna". En: *Poesía Completa*. Bogotá, Arango Editores, 1988.
[13] Charry, Lara Fernando. "Llegar en silencio". En: *Llama de amor viva.* Bogotá, Procultura, Bogotá, 1986, p .44.
[14] Lagares, p.16.
[15] Hernández, Miguel. "El silbo de afirmación en la aldea". En: *Antología*, Madrid, Colección Visor de poesía, 1977, p.15.
[16] Charry, "Silencio", p. 16.
[17] Greiff, León. "Balada del mar no visto rimada en versos diversos". En: *Antología de la poesía hispanoamericana contemporánea*, Madrid, Alianza, 1988, p.143.
[18] Gaitán Durán, Jorge. "Momentos nocturnos". En: *Si mañana despierto*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1983, p. 63.
[19] Lagares, p.16.
[20] Cernuda, Luis. "Silencio, Nada". En: *La realidad y el deseo*, Madrid, Castalia, 1983, p. 20.
[21]Arturo, Aurelio. "Silencio". En: *Obra poética,* Edición crítica Rafael Humberto Moreno Durán, Antioquia, Universidad de Antioquia, Colección Archivos, 2003, pp., 142-143.
[22] Góyes, Julio César. "El apalabramiento del silencio en la poesía de Aurelio Arturo". En: *Desde el jardín de Freud*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, N. 8, 2008, ISSN 1657-3986.

Ángela María Ruíz Gaona es colombiana, Profesional en Estudios Literarios por la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Literatura Argentina Contemporánea por la Universidad Nacional de Cuyo en Argentina. Actualmente se desempeña como Docente de Humanidades en la Fundación Universitaria del Área Andina, en Bogotá, Colombia. Entre sus publicaciones se encuentran el poemario *Tornasolados*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo; es coautora de *Rostros y Voces de Bogotá*, una investigación sobre poesía colombiana del siglo XX, publicado por la Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.

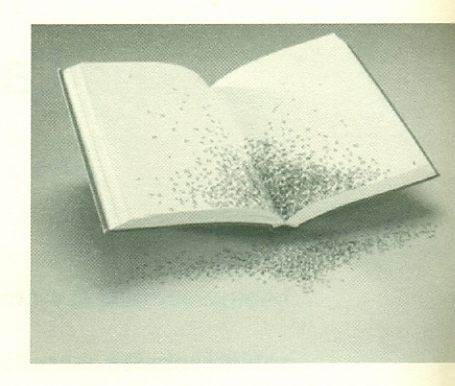
La poesía de Javier Sicilia

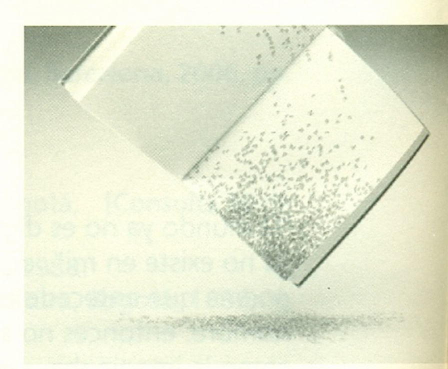
El mundo ya no es mundo de la palabra
nos la ahogaron adentro
como te asfixiaron, como te desgarraron a ti los pulmones
y el dolor no se me aparta, sólo tengo al mundo
por el silencio de los justos
sólo por tu silencio y por silencio, Juanelo.

"El mundo ya no es digno de la palabra, es mi último poema, no puedo escribir más poesía... la poesía ya no existe en mi", dijo Javier Sicilia tras el asesinato de su hijo en marzo pasado y refiriéndose al poema que antecede estas líneas, "la muerte de un hijo es siempre antinatural y por ello carece de nombre: entonces no se es huérfano ni viudo, se es simple y dolorosamente nada (...) quizá la poesía como la imaginaba, con la pluma y el corazón, en silencio, ya no vuelva a ser, pero el ser del poeta sigue estando ahí, es algo que está más allá de mí mismo".



"Estamos hasta la madre". Javier Sicilia. Foto: Isaac Esquivel/Cuartoscuro





Ante el alud de la prensa por la conmoción de los hechos, se ha vuelto difícil encontrar la poesía de Sicilia no sólo en librerías, sino también en medios electrónicos. Tras teclear en el buscador el nombre del poeta, más que versos el monitor despliega encabezados como "Sicilia se retira de la poesía" o "Javier Sicilia dejará de escribir".

Sicilia —escribió Eduardo Vázquez Martín en el blog de Letras Libres— "no solo nos enseñó a entender la estructura rítmica del verso sino a hacer de la poesía nuestra manera de mirar el mundo. Javier es un convencido del poder social de la convicción y de la no violencia, su fe no solo lo acompaña en la intimidad, le sirve también para incorporarse a las luchas de los indígenas, para resistir la destrucción de la naturaleza y la belleza a manos de la usura y la codicia. Hace tiempo que comparte su oficio literario con el ensayo crítico y social. Ayer le mataron a su hijo Juan Francisco en Cuernavaca."

Con profunda solidaridad y respeto ante el dolor que la familia Sicilia Ortega atraviesa, Al Pie de la Letra dedica a la poesía de Javier Sicilia el Suplemento Especial, reuniendo los fragmentos que a continuación presentamos:

Las bodas místicas

A Alberto Blanco
y José Luis Rivas

Habla Jesús

No te vayas, tu ausencia me lastima;
hay tantas otras cosas no tocadas
que un instante en tus brazos bastaría
para colmar el mundo y lo diverso.
No te vayas, está oscura la noche
y aunque todo se pierde en la tiniebla
te acecha una secreta maravilla:
mi amor, esa otra sombra, ese otro mar
que apacigua el deseo. No te vayas,
desde mi eternidad ya te aguardaba,
desde esa eternidad por la que fuiste;
Dios me ha dado este instante en los instantes
para que por mi cuerpo el Padre sienta
que en mi lecho volviste al Paraíso.

Habla María Magdalena

Tengo miedo, Señor, estoy temblando;
jamás pensé encontrarme tan amada.
Si entré fue por sentir tu compañía
y aliviarme en secreto con tus ojos.
Déjame ir, Señor, no pidas tanto.
No ves que soy indigna de tu cuerpo,
que el mar no toca el cielo y se contenta
con dibujar su forma entre las aguas.
Déjame ir, no quieras retenerme,
no insistas otra vez, me da vergüenza
pensar por un momento que fui tuya:
me ha bastado sentirte en la distancia,
besar tus vestiduras a hurtadillas
para saber que he vuelto al Paraíso.

Habla Jesús

No te vayas, María, no me dejes,
lo que tomas de mí es poca cosa:
no se descifra el día con mirarlo
ni se sacia el deseo en la distancia.
Quédate, amor, y deja que tu cuerpo
se apacigüe en mis labios como el día
apacigua su ardor en la blancura;
la noche se ha cernido entre nosotros
y todo se diluye y todo es polvo
junto a la desnudez que nos aguarda.
Quédate aquí en mi lecho, no te vayas,
que nuestro abrazo sea como antes,
que en tu blancura el mundo se redima
y el Reino por tus besos vuelva a hacerse.

Habla María Magdalena

Perdóname, Señor, no me sabía
tan blanca ni tan bella; tengo sucios
los labios de saciar otros deseos
y mis ingles manidas y llagadas;
perdóname, mi Amor, no comprendía,
de tanto avergonzarme ante tu cuerpo,
que en tu lecho se cifra toda carne
y se redime el mundo con tus besos.
No tengo ya vergüenza que oponerte,
ni velo, ni vestido, ni sandalias;
sólo un vasto deseo me domina,
una pasión oculta que me impulsa
a perderme en la sima de tu lecho
y a aliviarme desnuda entre tu Reino.

Hoy conozco delicias más profundas
que el dolor, si es mi cuerpo lo que siento
o el Tuyo, no lo sé. No sé si es gozo
o dolor lo que corre por mis labios;
hoy conozco delicias más profundas
que el temor: Tu caricia es un gran viento
que sacude mi piel y me extravía.
Tus labios un tañido de salterio
donde encuentro el olvido de mí misma;
hoy conozco delicias más profundas
que el amor: si Tu cuerpo no es el Reino
no sabría, mi Amor, qué son los Cielos,
ni el sueño donde todo al fin confluye,
ni la alta desnudez del Paraíso.

Del poemario "Vigilas del Evangelio", 1994.

Pascua
(fragmento)

I

Recuerda, cuerpo, cuánto te quisieron:
no sólo las alcobas donde amaste
y los desnudos cuerpos que gozaste,
sino también los ojos que te vieron,
los labios que por ti de ardor temblaron
y por los cuales en deseo ardiste.
Recuerda, cuerpo, que alto y bello fuiste
como un dios, que otros cuerpos desvelaron
sus noches recordándote, y amor
rozó sus ojos como si el rumor
de tus besos tocara sus caricias.
Esta noche en que a solas te desnudas
y los años pasaron y las dudas,
recuerda como entonces sus delicias.

II

Pues,
nada te detendrá mi cuerpo amado,
ni el ardor de los besos que allanaste,
ni las tibias alcobas donde amaste
la blancura de un cuerpo abandonado;
nada, muchacha, nada, ni el helado
secreto de los labios que habitaste,
ni las heridas ingles ni el engaste
de tu placer herido y entregado
al roce delicado de unos dedos;
nada, mi servidor, mi amante, nada,
ni acaso la caricia más amada,
pues más allá del goce y sus recuerdos,
ah, sientes cómo el polvo se aproxima
a la dulce insistencia que te anima.

Del poemario "Vigilias ante la vida", 1994.

II

No comprendo la muerte, y, sin embargo,
si desciendo a su noche y presto oído,
descubro que alguien canta,
que hay alguien en la sombra y su tiniebla
que canta con un tono tan desnudo
que se parece al viento en los cristales,
y, sin embargo, oh alma, no es el viento
porque también se ha muerto y se ha podrido.

Sí, alguien canta; alguien, allá en la sombra,
bajo la espesa lluvia y el silencio, canta
como una fina aguja que zurciera la noche con el
día.

Sí, no hay duda, alguien canta,
porque esta noche todo está dormido
y ella canta a pesar del silencio y de la sombra,
en este breve instante
dentro y fuera del tiempo, muy dentro,
como una música tan hondamente
oída que ya nadie escucha.

Sí, alguien canta.
¿Eres tú, ángel mío,
o quizás el arcángel
que guarda el Paraíso con su espada?
¿O acaso tú, Teresa de Jesús,

que habitas en la última morada
del castillo interior que nadie mira
porque todo está muerto y se ha podrido?
¿O Tú, Señor, bajo esa tenue lámpara
que es Tu resurrección y que miré
hace tiempo, Señora, cuando murió
mi padre y yo esparcía sus cenizas
sobre la soledad de un mar terrible
y en el oscuro cántico de un Norte?
¿Acaso Tú, Señor,
que no siento, a pesar de haberte visto
en el oscuro pozo de mi alma,
dentro y fuera del tiempo?
Pero nadie
responde y cae la noche y los jinetes
de Juan ensillan y cabalgan solos
sin fin bajo las sombras.
¿O quizás Tú,
Gabriel, que a solas tocas tu trompeta
bajo esta terca noche que me envuelve
y envuelve los objetos y el silencio?

Te equivocas, Javier, somos nosotros,
tus muertos, ¿no recuerdas?, los que amaste,
por quienes duerme todo y estás triste.
Tus muertos, ¿lo recuerdas?: viejos huecos,
torturadas ausencias: clamor que
se niega a tu memoria
sobre esta soledad de huesos secos;
vacío que se ciñe a tanto amor
y a cuya oscura sombra eres historia.
Mas no hemos muerto, no, estamos vivos;
transfigurados fuimos por el Cristo
y tenemos un cuerpo que no miras
porque informa una carne transformada,
una carne invisible a los sentidos
que sólo ven la carne primigenia
sometida a las leyes del pecado.
Nuestro cuerpo no ha muerto,
nunca ha muerto.

Murió la carne que informó en el mundo,
mas no el cuerpo, Javier, que aún recuerdas,
aquello que ordenaba la materia
y se expresaba en ella y no era ella:
un principio formal, sólo ese gesto
irreductible a nada, irrepetible,
que nos hacía ser y aún nos hace
y en la muerte nos pule y transfigura
como un cristal inmerso para el agua.
No, Javier, no hemos muerto, cambió sólo
la forma, se hizo limpia, intangible
a la opaca materia en la que vives.
mas está ahí: ¿la escuchas en los pliegues
más íntimos del alma y en la fe,
porque el ser revela al ocultarse?
Aquí estamos, Javier, estamos todos:
Paola, Ana, Óscar y tu padre
y todos los que han muerto de los tuyos
transformados en Cristo resurrecto.
Aquí estamos, Javier Sicilia, todos,
porque todo camina hacia estas sombras
que pueden ser la luz, cuerpo glorioso,
o el Gehena donde el ser se queda a solas
sin carne, para siempre despojado
de la resurrección que nos desposa,
o el purgatorio helado en donde espera
el cuerpo la pureza que no tuvo.
Porque todo camina hacia estas sombras:
los espacios vacíos, los imperios,
los banqueros, los hombres eminentes,
los incómodos santos, los gobiernos.
Todo se hunde aquí, en esta sombra:
las tiendas comerciales, Televisa,

Despedida
(A la manera de Cavafis)

I

Recuerda, cuerpo, cuánto te quisieron:
no sólo las alcobas donde amaste
y los desnudos cuerpos que gozaste,
sino también los ojos que te vieron,
los labios que por ti de ardor temblaron
y por los cuales en deseo ardiste.
Recuerda, cuerpo, que alto y bello fuiste
como un dios, que otros cuerpos desvelaron
sus noches recordándote, y amor
rozó sus ojos como si el rumor
de tus besos tocara sus caricias.
Esta noche en que a solas te desnudas
y los años pasaron y las dudas,
recuerda como entonces sus delicias.

II

Pues,
nada te detendrá mi cuerpo amado,
ni el ardor de los besos que allanaste,
ni las tibias alcobas donde amaste
la blancura de un cuerpo abandonado;
nada, muchacha, nada, ni el helado
secreto de los labios que habitaste,
ni las heridas ingles ni el engaste
de tu placer herido y entregado
al roce delicado de unos dedos;
nada, mi servidor, mi amante, nada,
ni acaso la caricia más amada,
pues más allá del goce y sus recuerdos,
ah, sientes cómo el polvo se aproxima
a la dulce insistencia que te anima.

Del poemario "Vigilias ante la vida", 1994.

Como Caracol de tierra[1]

Por Briceida Cuevas Cob

I

Hay que cuidar el cordón umbilical cuando se desprenda.
Que no se lo coma el gato.
Que no se lo coma el perro.
Que no se lo lleve el ratón.
Si se lo lleva el ratón,
no lo menciones ante ella;
mastica su nombre con tu mudez,
porque su nombre
es "la aparición" que espanta a los pequeñitos,
y les roe el sueño.
Hay que cuidar el cordón umbilical.
Enterrarlo en las vísceras del fogón.[3]

II

Hay que envolverla con su pañal,
arroparla,
como caracol de tierra.
No la mire la mujer de la sangre despierta,
aquella sangre despierta que festeja su descenso sobre las ingles.

No la vea la mujer del vientre crecido.
Asustará su ombligo.
Le hará escurrir cintillos rojos
y por la noche,
mientras gotea la voz de los grillos remojando tu somnolencia,
ella con su quejido alzará su ombligo.[4]

---

1 Los tres poemas aluden a distintas consejas tradicionales mayas para proteger a los niños de diferentes peligros. En el primer poema, mediante el cuidado del ombligo; en el segundo y tercero, para cuidarlos del mal de ojo.
2 En maya la voz es uay o wáay, que significa `brujo´ `espanto´, alguien que es capaz de asumir por las noches la forma de un animal.
3 Se alude a una costumbre maya (también muy extendida en otras zonas indígenas aún en la actualidad) de enterrar el ombligo del niño en la milpa, donde trabajará cuando crezca, y enterrar el de la niña debajo del fogón, donde laborará cuando sea mujer.
4 Es decir, no sanaría su ombligo.

Hay que envolverla con su pañal,
prenderle en la ropa hojas de limón,
arroparla,
proteger su inocencia.

III

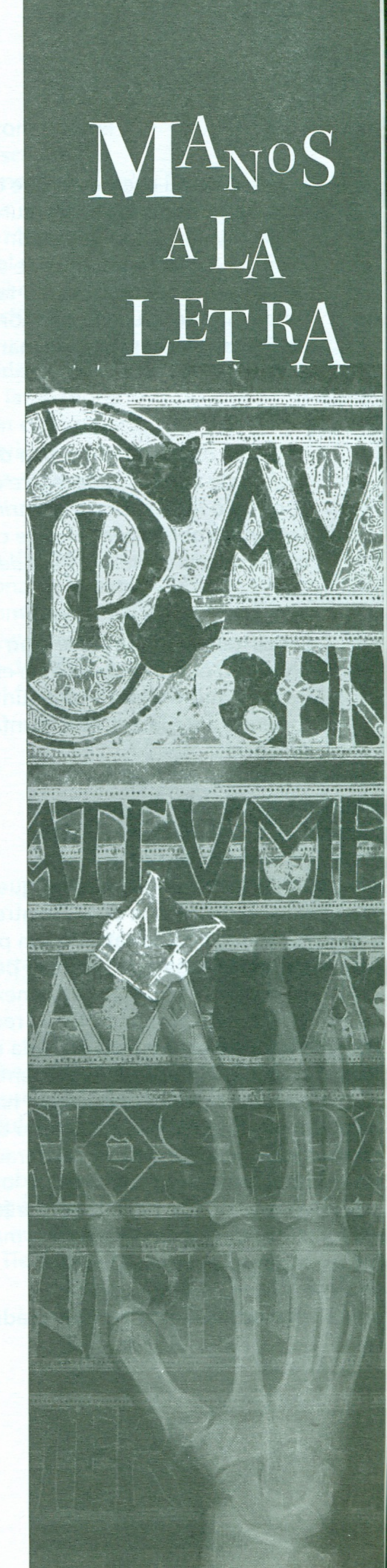
Que no la vea el ojo travieso del pozo.
Él se posesiona de las primeras palabras de los niños.[5]
Que no la vea.
Su habla aún no se acostumbra a los labios.
Él busca una voz nueva para triturar su silencio.
Se halla harto de su mudez;
mudez que se desquebraja y se convierte en murciélago.
Que no la vea el pozo,
que no le guiñe su único ojo
porque él dará a cambio
las despedazadas palabras del eco que se golpean en las paredes de las casas viejas.

Que no la vea.
Y si la mira,
sosténla del pecho con tu rebozo,
que camine nueve vueltas alrededor del pozo
pidiéndole a gritos y llanto
que le devuelva la voz.

Briceida Cuevas Cob (1969) nació en Tepakán, municipio de Calkiní, Campeche. En 1996 fue becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para Escritores en Lenguas Indígenas. Ha publicado en diversas revistas literarias y periódicos. De 1999 a 2000 fungió como directora de formación profesional y enseñanza en la Casa de los Escritores en Lenguas Indígenas en México, DF. Es ella misma quien traduce sus poemas, originalmente escritos en lengua maya, al español. A partir de agosto del 2010 pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA.

---

5 Es decir, quedaría tartamudo.



Lía: la Nena del Gato

Por Rocío Chaveste Gutiérrez

I

Llegó el día. Mis sueños de bailarina se estrellaron. Cumplía quince años y el castigo por ser adolescente. Como un presagio, bailé el vals por última vez entre tantas miradas. No me interesaba el baile mecánico tradicional, sino el mío propio, la expresión que quería alcanzar, ligada esencialmente al espíritu. Nunca soporté las ridículas celebraciones orquestadas por las madres de mis amigas del colegio.

Pero un grito acabó con todos mis deseos, con mis sueños de danzar, de subirme en un escenario y hacerlo mío: amante capaz de hacer propio el cuerpo y las caricias de su amada. Soñaba con un escenario lo suficientemente grande como para quedar extenuada después de mancillarlo una y mil veces en cada paso, en cada punta, en cada desliz que nos hiciera más cercanos, más y más, uno con el otro. Solos él y yo. Si es que deseaba competir con mi grito sordo y con la fuerza de la tormenta que ya relampagueaba tenaz en mi interior adolescente.

II

El deseo de mi cuerpo, lo que quedaba de bailarina en mí, se escondió tras los libros y oscureció por años. Sabía que no podría volver a volar al compás de un Lago de los cisnes, de Piotr Tchaikovsky, ni volver a usar la mantilla de sevillana de colores y flecos o la peineta de carey, ni zapatear: punta, talón, tacón, al ritmo de una guitarra y las palmas de aquellos cantaores del jondo. Menos mover la falda roja de bolitas blancas, olas de mar embravecidas ante una tormenta infinita.

¡Ay, niña de fuego! ¡Ay, niña de fuego!
Mujer que lloras y padeces, te ofrezco la salvación,
te ofrezco la salvación y el cariño ciego.
Soy un hombre bueno que te compadece.
¡Anda, vente conmigo, niña de fuego!

Las castañuelas enmudecieron para siempre y con ellas mis dedos olvidaron el sonido hueco de esas conchas de ébano que retumbaban —con el mismo brío— ante un Cascanueces, una jota, una sevillana rociera o ante la entrada triunfal del toro a la plaza para su inminente sacrificio.

III

Lo vi moverse del modo en que sólo alguien que conoce su cuerpo y lo que se desprende de él, se atreve con gran descaro a hacerlo. Su cara traía un gesto de satisfacción perenne y tal soberbia en cada paso que parecía el mismo ángel de la perdición. Me invitaron a conocerlo. Así. Tal cual. Sin más epítetos o inexacta descripción, pero con el misterio propio para inquietarme. Lo recuerdo con una camiseta que hacía que su vientre se asomara en cada movimiento donde trataba de alcanzar la gloria. Ahí estaba, entre tanta gente. Supe en ese instante que era por causa de él por quien yo había acudido a ese sitio. Uno adivina, uno presiente, uno sabe todo de antemano. No podía verme, sólo me sentía. Palpitaba lejos. Mi mirada no podía dejar de verlo, de presentirlo entre el humo de los cuerpos a su alrededor. Me imaginé en esos brazos de jugador de football americano y me transformé en el ovoide que apretarían sus manos. Una excitación mezclada a sorpresa se apoderó de mí.

Y recordé la mirada de mi madre.


Foto: "Flamenco" de Tato Olivas

El estadio rugió. Las nubes se agolpaban cada vez que corría por el emparrillado hasta anotar. Era uno de esos dioses que escapan del infortunio de su propia eternidad para convivir con los mortales. No pude moverme, su vaivén me hipnotizaba, me fundía en su cuerpo semejando uno solo. Sentía el agitado tic tac de su corazón en mi pecho cada vez que arrimaba, en cierto breve impulso, el cuerpo de aquella mujer con cola de sirena a la que deslizaba grácil entre sus piernas. Yo estaba, aunque a distancia, a su merced. Hechizada.

La música que se escuchaba en el lugar era instrumentada por los propios ángeles y la polifonía de sus voces —entre ellas la de Gloria Gaynor— hacían que se estremeciera todo mi cuerpo: en cada chacra, el básico. Hacía que la vibración se extendiera en el interior formando un arco iris de rojos, naranja, magenta y amarillos, hasta provocar el ocaso de un día en él… inside.

Mi mente deviene incapaz de explicarlo. Colma más allá de todo raciocinio: porque cuando la emoción traspasa cierta zona de nuestra mente —que somos incapaces de descifrar— todo se complica. No somos sino una extraña ecuación de interrogantes. Ni siquiera la filosofía secreta de las matemáticas o la cuántica puede dar una respuesta segura al impacto que produce un ser tan viril frente a todas nuestras reacciones.

You're just too good to be true,
I can't take my eyes over you…
you've been like heaven to touch,
oh! I wanna hold you so much…

El Canto. Monótono. Preciso. Agobiante. Dulcísimo. Mortal.

IV

Aquel día me levanté buscando los pedazos que quedaban de mí, ante la posibilidad de volverme a encontrar con la bailarina que había dejado enterrada en aquella discoteca de mala muerte en Acapulco. Ahí, donde por muchas noches y con un disfraz de mojigata llegaba —transformándome en la reina del lugar, tras deslizar sobre mi cuerpo el abrigo color marrón hasta los pies— mostrando mi figura con un leotardo, unos zapatos de aguja y una minúscula falda que al girar se convertía en el paraguas que apenas cubría mi vientre. Tiempos idos ya.

(Anocheció… El corazón no me dejaba en paz.)

Hurgué en el closet hasta encontrar lo que buscaba, abrí la caja y aquellas zapatillas se calzaron casi sin darme cuenta. Suavísimo. Mi pelo lo trencé como lo había venido haciendo tiempo atrás y me metí en un vestido blanco, que al girar simulara el vuelo de esas mariposas que revoloteaban en mi estómago desde la noche anterior.

Llegué al lugar de mi destino. Ahí estaba el instructor, se hacía llamar El Gato. Un hombre minúsculo, con una musculatura de físico-culturista, unos pantalones de pacheco, camiseta blanca sin mangas y una clase de tirantes que hacía mucho tiempo no veía. Azul marino y blanco: zapato de dos tonos y sin sombrero. Las luces resplandecían en su vaselina.

A la voz de: "¡Maestro, un, dos, tres!", extendió su mano y me atrajo hasta la posición de "comenzamos". La música se escuchó y me dijo muy quedo al oído: "es un danzón mi reina, así que un, dos, tres, cuatro." Los recuerdos de mis primeras lecciones de baile con mi padre se agolparon, ¡tenía que bailar en un ladrillo y muy derechita! Ya no podía renunciar. Las miradas calaban. Era una prueba que en su ferocidad podía desacreditarme o llevarme a la consagración. O cuando menos, ser aceptada en el círculo.

Me dejé llevar por ese felino, mi falda de luna llena desapareció y aprendí que el son, la guaracha, el mambo y el cha cha chá se tocan en diferentes compases y se vibran con las percusiones en distintas partes del cuerpo. Lo borran todo. Echan cada pieza abajo para reconstituirlas después, en una armonía perfecta. Cuerpo sin esqueleto, cuerpo sin una mente que juzga. Cuerpo lleno de aromas. A menudo…

Formé parte de las Nenas del Gato en el salón Los Ángeles, un lugar de rompe y rasga como decía mi madre, donde tiempo atrás había letreros de: "No tire las colillas al piso, que las damas se pueden quemar los pies"; y donde los domingos las mejores orquestas de México calmaban el ansia de expresar la vida de hombres y mujeres que —como yo— esperaban el día y la hora para bailar con el mejor, sin importar clase social, vestimenta o apariencia. Todo se organizaba en un idilio sin fin. Cada persona, cada vestido, cada traje, el cúmulo de olores, la orquesta, el juego de lámparas, la abrillantada pista, los ventanales completamente cerrados, el frío nocturno, los anhelos, los triunfos, las soledades, mostraban la mejor máscara de la ciudad y el límite —siempre superable— del éxtasis del baile. Fieras nocturnas e inocentes criaturas mezcladas por el embeleso de las canciones de moda. México danzaba a la luna.

V

Aquel día era el aniversario del salón. Me esmeré en el arreglo: un vestido rojo entallado con un escote de luna menguante, un abanico de imágenes castizas, unas medias de hilo y unas zapatillas de pulsera que parodiaban a la misma Salomé. Mi madre se escandalizó.
Al llegar al lugar caminé por los pasillos hasta encontrar la puerta y en el instante de entrar a aquel sitio atestado del vaho de cuerpos hirvientes, como imán giré la cabeza hacia la esquina donde acostumbran a posarse, en espera de su presa, aquellos hombres convertidos por unas horas en los amos y señores feudales de la pista. En los buenos vampiros de la noche.

Pero una visión me hizo regresar la mirada a la puerta. Hubo una pausa en el mundo y fijé la vista en ese adonis esculpido por el propio Michelangelo Buonarotti, predestinado para algún pedestal. Se encontraba entrando al ruedo en traje de luces. Entonces supe que quedaría prendada a los brazos de mármol negro de aquel ser, atada a un poste de sacrificios al que yo misma —sin brebajes, ni engaños— me encaminaba. Suerte de Ahab embrujado por su ballena blanca.

VI

Una ráfaga de imágenes me dio vueltas en la cabeza: ¿cómo supe que estaba ahí con él? ¿en qué instante me sacó a bailar o me distinguió de entre la multitud de mujeres maquilladas y dispuestas? No puedo precisarlo. Sólo supe que estaba allí frente a su cuerpo escultural, aspirando el aroma a limonero de la vaselina del cabello, su colonia de moda, el sudor suavísimo de esas axilas de toro, evitando rozar sus zapatos para que nada los manchara. Entregándonos al ritual. Sin fuerzas para creerlo, pero con poder para continuar el baile. ¡Un dos, un dos…! Y… ¡giro! Un pasito, otro, un giro. Anonadada ante su fuerza quise demostrar que no me ganaría, que no me derrotaría como seguramente lo hizo con mil mujeres antes que yo. Y me lancé a la pelea sensual. Mi cuerpo se deslizaba sobre el suyo, un magnetismo poco común en dos cuerpos que se atraen pero que no se tocan, dos poderes que se reconocen y permanecen a milímetros de distancia. Recorrí su cintura, aquellas piernas inolvidables, rocé su espalda, sus brazos. Mis labios por segundos se quedaban lánguidos frente a un posible beso, salivaba. Y con un giro su sexo quedó unido al mío por un instante que se me antojó eterno. Me humedecí y un río de deseos se apoderó de mí. Me apartaba de su cuerpo caliente y en segundos… con sólo una mirada, un movimiento tan leve —aleteo de mariposa— me atraía nuevamente a esa hoguera. Me quemaba, pero gustosa me entregaba a las llamas que ardían al volver a su piel. El sacrificio de la mariposa. Me sugirió con una seña dominante que me soltara el pelo y, con ese simbólico gesto toda mi voluptuosidad no mancillada aun, a

pesar de todo, quedaba expuesta. La orquesta tocaba para nosotros. Se despejó la pista y esos dos cuerpos fueron dueños de todo durante el tiempo que duró la canción en el escenario. Nadie existía, sólo él y yo. Y la música.

VII

Mi pelo al aire y un último giro me regresaron a la pista, abrí los ojos y el mundo seguía avanzando en círculos nauseabundos. Los olores gratos se trastocaron en sudores, risas, aroma a cítrico, murmullos dispersos: en fin, realidad.

Sus brazos ya no me esperaban. Una nube de pensamientos me apedreó, giré la cabeza en todas direcciones, él ya no estaba. Lo busqué entre todos los hombres del lugar, en cada puerta, en cada grupo de gente que conversaba, sin que me importaran las miradas quisquillosas y burlonas de las mujeres que los acompañaban. Quería preguntar por él, pero… ¿cómo se llamaba aquel hombre extraño? ¿de dónde había venido? ¿adónde se había marchado? ¿había sido un sueño? Recorrí el lugar preguntando: "¿Vio al hombre que estaba bailando conmigo en la pista hace unos minutos?", "No, señorita, lo siento…", "¿No?"… "¿Cómo se llama? Si gusta pedimos que lo voceen." Enmudecí y me di cuenta de que sólo El Gato, aquel menudo hombre con ojos de felino y tirantes de pachuco, podría devolverme la certeza de que aquello no había sido una masturbación mental. Cuando menos.

"¿Quién es? ¿cómo se llama? ¿adónde se fue?", con palabras atropelladas por mi ansiedad y el sonido estridente de la música apenas pude hacerme escuchar por aquel hombre que se encontraba a punto de caer sobre su presa: cierta mujer que, al verme acercar a su cazador, se deslizó a su lado tan pronto como pudo. Errada.

Una batalla campal de gritos cayó sobre él. Yo: ¿En dónde está? Ella: ¿Vas a venir o te quedas con ésa, Gato? Él, escabulléndose, la tiró hacia su vera y yo, jalando del tirante de pachuco, sólo preguntaba insistentemente: ¿En dónde está? Su mirada sobre el escote me hizo darme cuenta de que no tendría tiempo ni interés para hablar conmigo a pesar de mostrarle desvarío. Finalmente no le importaba. Ella era una nueva conquista y a mí, ya me había tenido.

Alcancé a ver mis brazos, extrañamente alargados, rozando con las palmas y las uñas las paredes que guiaban, a través de un interminable pasillo, hacia el tocador de damas. Las que me evitaron al pasar creyeron que estaba borracha. Nada más lejano de esa explicación vulgar. Estaba ebria por haber abrazado a una estatua. Una estatua viva.

VIII

Salí del lugar apresuradamente, necesitaba encontrarlo. Recorrí las calles aledañas, miraba por las ventanas, pensando que estaría en algún lugar cercano, lo busqué entre todos los hombres que pasaban por la calle, me asomé al interior de todos los coches, un plymouth, una carcacha, un mustang rojo…, incluso me interné en cada lugar donde quizá podía tener acceso: cantinas, lugares de mala muerte… ante miradas curiosas y otras de sorpresa debido a mi presencia intempestiva, el reloj no detuvo su andar. Comenzó a llover y mi búsqueda se dificultó, las gotas de agua corrían sobre mi cara, sobre mi cuerpo, pero el deseo de volver a estar en sus brazos, en lugar de desvanecerse con el chaparrón, se intensificó. Fue infructuoso. Después de horas, no sé cuántas, me senté al filo de la escarpa. Y mientras escampaba mi esperanza se esfumó. Él no existe. Nunca existió.

IX

Las luces de los coches se difuminaban, los semáforos tintineaban semejando aparadores de una tienda con artículos chinos, la gente caminaba sin estar. Todo parecía una mala función de teatro, las voces, las pisadas y las risas eran los aplausos mal logrados. Mi voz —llamándolo sin poder nombrarlo— acalló. Sólo me ubicaban en la realidad más atroz —y estrepitosamente— las olas producidas por el correr de los autos que llegaban hasta mis piernas, las que horas antes habían trazado un diseño de Gaudí en aquel lugar dejado atrás.

—¡Lía!

Escuché mi nombre. El Gato me tomó del brazo, me levantó y me miró como nunca lo había hecho. Su mirada parecía de coraje mezclado con una profunda tristeza y —por un momento— quise interpretar lo que sus ojos, ahora de perfecto minino me decían, pero no tenía fuerzas ni lucidez para eso. Sin mencionar una palabra me subió al taxi que estaba esperando. Yo no podía emitir sonido alguno, el llanto interno no deja espacio para nada más. Me llevó a mi casa sin preguntarme, bajé del auto y con un azotón de puerta, aquel hombre —al verme convertida en piltrafa humana— le pidió al chofer que se lo llevara de allí, no sin antes mirar a través del cristal a una de sus favoritas, a la que alguna vez, aunque sea por un tiempo, fue "la Nena del Gato".

X

Acostada boca arriba, los recuerdos —arañas que invaden la mente— entretejían sonidos, olores, los sentidos, los momentos y sensaciones de lo que permanecía en mí e intentaba retener. Empecé a sentir mi cuerpo mojado y recordé que había estado bajo una tormenta. Me levanté a ducharme, pero al pasar por el espejo, que acechaba desde una pared inevitable —enemigo que espera por años cobrar venganza—, me detuve, tenía que pasar frente a él: me obligó a constatar en lo que me había convertido por culpa de la pasión. Sólo unas lágrimas secas en mi rostro. Y una mirada corrompida. "No me vencerás, primero te pierdes tú". Y más adelanté pensé: "Perdona, ya ni sé lo que digo, estoy fuera de mí, como si hubiera perdido los brazos y las piernas". Estaba envenenada por la música... Y ahora un empalagoso canción de moda:

Un poco más, será un alivio para dos fracasos
y si te vas, llévate al menos mis cansados brazos,
al fin que ya te di mi cariño, mi fe y mi vida entera
y si no te lo llevas, que me importa, que se queden afuera.
Por qué te vas, mi bien, tan de prisa, no gozas mi agonía,
si la noche se espera todo el día, espera tú también.
Un poco más...

Las palabras se entremezclaban con la red que los arácnidos continuaban tejiendo. El cansancio me venció y parada frente al enemigo, mi cuerpo cayó inerte en la batalla. Me había vencido.

XI

Muchas lunas se dibujaron y cada domingo religiosamente acudía al santuario en su búsqueda. No volví a bailar, mi cuerpo se inmovilizó, cada músculo era una piedra, un dolmen. Mi cabellera negra regresó a su sitio, quizás porque él no la quería presa. Me agazapaba en un rincón, siempre el mismo, ahí donde lo vi por primera y única vez. Dejé de ser parte de "Las nenas del Gato", un poco porque ya no podía pertenecerle y un mucho por todas las dudas que habían venido a hospedarse: ¿se habrá ido porque ese canalla le había mencionado algo de nuestro encuentro sexual después de aquella noche? ¿sólo quería demostrarle al felino que él era mas fiero y que no debía mezclarse en su terreno de sordidez? ¿otra mujer? ¿había hallado a otra mujer que bailara mejor, con más pasión? ¿hice algo que no debía? ¿...y cómo entonces le hubiera gustado que reaccionara?

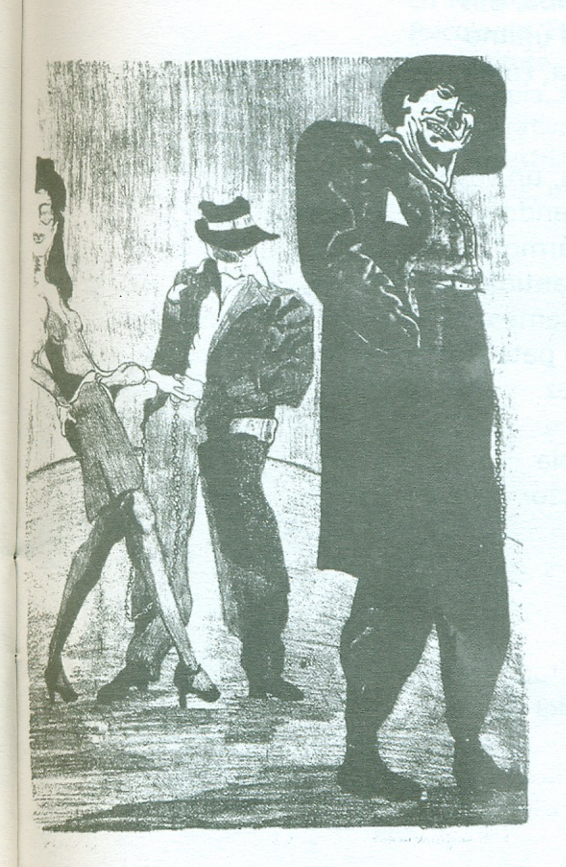
Por momentos me recordaba un cuento tantas veces leído por mi abuela a los pies de la pequeña cama de latón, donde la amada había dejado una zapatilla tras su huida, pero él… ¿habrá dejado un rastro, una pista? Por más que repasaba segundo a segundo, milímetro a milímetro, paso a paso la historia de ese hombre que pertenecía al mundo de los dioses, ninguna señal, ningún recuerdo se aclaraba. Sólo aparecía la imagen nítida de él, tatuado en mi cuerpo.

¿Quién era? No lo sé.
Aunque poseer es conocer.
Quizá.

XII

Un tornado de culpas, ideas, dolores, venganzas propias y ajenas se llevaron mi cabellera nocturna, el ruido de mis zapatos, la humedad de mi cuerpo…

Cierta mañana, un duende alto y pelirrojo, con cara de niño, apareció entregando una nota envuelta en un pañuelo. Al mirarme fijamente a los ojos me dijo que un ángel lo había enviado con este mensaje. ¿Un ángel, cuál? En tanto tomaba el pañuelo en mis manos y quería ansiosamente leer la nota, el duende se marchó. Quise salir a buscarlo, pero se acumulaban ya tantas dudas en mi cabeza, que no cabía una más. Se desbordarían como baúl antiguo lleno de cachivaches. Ahí estaba el pañuelo frente a mí, aguardando. Tenía una mancha violácea, lo cual me extrañó. Lo extendí tan rápido como pude y el papel manchado con letras y puntos se develó a mis ojos.
Leí cien veces: Éste es de quien preguntas.



Me recordó de inmediato a aquel amigo que entre pájaros y seda alguna vez me dijo: “Cuando no tienes el nombre, entonces son las historias.” Pero, ¿ahora qué rara historia estaba detrás de esos objetos punzantes que me reabrían las heridas? A lo lejos, los aires de un cuplé:

Que son a veces ojos de niño
y son a veces ojos de fiera…
Mírame fijamente hasta cegarme…
pero no dejes nunca de mirarme
porque quiero morir bajo tus ojos…

¿Qué quieren decir estos signos? ¿qué significado tienen estas navajas degollando a su víctima? ¿a qué ángel se refería? ¿Al que encarna Cupido o al más temible, el ángel para un final?

Tranquila, Lía. Tranquila o terminarás por enloquecer. Mi radio de acción lo amplié, comencé a asistir religiosamente al salón. Ya no sólo los domingos, sino las noches de fin de semana. Quería que el espacio recuperara su antigua magia, todo el esplendor, ¿pero cómo recuperar a Roma después de su caída? ¿cómo rescatar algo que quizá nunca me perteneció?

XIII

Aquella noche encendida recorría mi cuerpo un cosquilleo que —al llegar a los pies— se tornaba enjambre. Sin embargo, volví como todos los sábados del último año a ese lugar; ya ni siquiera pensaba por qué acudía una y otra y otra vez, sino que me dejaba arrastrar por la mera costumbre.

Miraba de lejos el escenario, ajena a todo ese festejo de cuerpos. Las siluetas semejaban una orgía dionisíaca y los tambores anunciando el comienzo de un rito de iniciación, cierto espacio de trance o la muerte del guerrero jaguar. Las percusiones me electrificaban el cuerpo y los sentidos, mi vista se nublaba, mis movimientos se hacían acompasados, más precisos y el último sonido de las tumbadoras me hizo saber que ahí estaba. Finalmente existía.

Una mujer rubia a fuerza de químicos, con la piel ajada, un vestido de los años 30's y un maquillaje deslucido venía empujando una silla de ruedas donde estaba sentado él, el ángel de mármol negro, el Adonis por quien yo había pasado de la locura a la santidad las últimas lunas. La música se detuvo, algunos de los presentes voltearon hacia él, los otros hacia mí. ¡Qué escena más patética!: tenía la mirada clavada en mi cuerpo; yo, en su invalidez.

Con una señal elegantísima alejó a la mujer que lo había transportado, me extendió sus brazos y le pidió al director de la orquesta: "La de siempre, Maestro".

Arráncame la vida….

Mis piernas quedaron clavadas al piso, mis ojos desorbitados y sólo unas lágrimas rodaron por el escote en luna creciente del vestido negro que llevé aquella noche…

… con el último beso de amor,
arráncala, toma mi corazón…

Por fin pude acercarme, me tomó de las manos y me susurró al oído: "Baila para mí, Nena, sólo para mí"…

… arráncame la vida,

… por más que giraba y me esforzaba en hacerlo sólo para él, más por lástima que por deseo…

y si acaso te hiere el dolor,
ha de ser de no verme
porque al fin tus ojos,
me los quedo yo…

… terminé a sus pies haciendo la última reverencia al hombre que perteneció al mundo de mis dioses… hasta que me alejé de su mirada, escabulléndome de un sueño roto.

Rocío Chaveste Gutiérrez nació en la ciudad de México y radica en Mérida desde hace unos años. Estudió Ciencias Políticas en la UNAM, una Maestría en Terapia Familiar y de Pareja y posee un Doctorado en Filosofía de la Psicología. Trabaja además como Terapeuta Sexual y pertenece al Taos Institute. Recientemente la editorial Unas Letras publicó el libro "Psicoterapia, Educación y Comunidad: Prácticas socio-construccionistas y colaborativas" del que es coautora. Actualmente es Directora de las Maestrías en Psicoterapia y Adicciones del Instituto Kanankil. Ama el arte, un buen libro frente el mar y bailar flamenco. La música y el baile han sido parte fundamental de su vida.

Naturalezas muertas

Por Karla Marrufo

Mamá empezó pintando gaviotas, gaviotas sobrevolando el mar. Sus cuadros eran muy parecidos: todos tenían un mar de distintos colores, un cielo y un par de cejas entrelazadas, negras o blancas, dispersas por encima del supuesto horizonte. Yo no entendía las gaviotas. Por qué sobrevolaban el mar de la misma forma, por qué si el mar podía ser negro o verdoso, las gaviotas tenían que ser negras o blancas, nunca amarillas o rojas; por qué, en fin, todo mar con cielo debía tener gaviotas. Nunca lo entendí, pero eso no importó mucho, porque luego mamá empezó a pintar naturalezas muertas. La mesa del comedor era la que servía de escenario y poco a poco dejó de albergar platos de comida, mantelitos individuales o nuestras libretas y colores de la escuela, para volverse exclusiva de los montajes que mamá hacía con frutas, verduras, especias y ramas secas que salía a recolectar por el vecindario y uno que otro frasco de aspecto peculiar. Esa mesa se volvió intocable. Debíamos cuidar nuestro paso por el comedor, porque un pequeño roce podía romper con la quietud, el equilibrio, y con esa muerte sospechosa que mamá había impuesto a las cosas que en otro tiempo hubiéramos devorado o manipulado sin mayor preocupación. Empecé a extrañar las gaviotas, porque no era necesaria ninguna escenita real para que ellas aparecieran con su pose de siempre sobre los lienzos. Yo miraba a mamá trazando líneas, frunciendo la frente con insatisfacción, arrugando la boca, girando los ojos enojada, arrojando sombras y colores por aquí y por allá. Nunca llegué a comprender su obsesión por hacer una copia idéntica de algo que ya estaba ahí de todas formas y que bien podía ser atrapado en una fotografía. Pero eso tampoco importó mucho, porque luego mamá centró su atención en algunos espacios del interior de la casa. Primero se empeñaba en las sombras que ciertos objetos proyectaban sobre el piso de la sala: un gran jarrón negro con varas de trigo artificiales, el contorno de los muebles y uno que otro insecto posado sin querer en el miriñaque de la ventana. Luego, las siluetas que caían de improviso sobre ese mismo espacio y que provenían del lado de afuera de la ventana: algún vendedor ambulante, la gente que caminaba por la acera del lado de casa, los vehículos altos y ese tipo de cosas imprevistas que desaparecían muy rápido. Para mamá implicaba todo un reto, porque ya no podía congelar esas imágenes sobre la mesa, sino que tenía que volver sobre su memoria para intentar atrapar los detalles. Pero no

duró mucho tiempo el interés por los objetos de afuera. Mamá regresó al interior de la casa, porque dijo que cómo podía fijarse en aquello, si lo de adentro, que es lo que de verdad importa, no había sido perfeccionado por sus manos. Entonces pasó del piso de la sala a los objetos que en general articulaban esa composición de sala-comedor: los rincones y la forma como las sombras se perfilaban sobre ellos a distintas horas del día, los contornos, las grietas y manchas en las paredes, el cuadro de los doce cenando, el reloj de pared, nuestras fotos de pequeños jugando en una playa que he olvidado, el comedor que entonces ya no tenía mayor memoria de las naturalezas muertas. Para cuando mamá logró plasmar más o menos satisfecha aquellos espacios de la casa, nosotros habíamos desaparecido en las habitaciones junto con los incontables rollos de cartones, lienzos, botes y tubos de pintura, brochas, trapos, frascos y aerosoles. Ahí quedábamos junto con los intentos de perfección de mamá: al parecer todos éramos parte de un mismo fracaso.

Cuando mamá pintaba era peligroso aventurar una petición o queja, ni qué decir de las risas necias y los juegos, todo debía desaparecer porque, de otra forma, mamá se habría de convertir en un accidente de cocina donde todo explota y nadie se salva. Era mejor no arriesgarse, por eso permanecíamos en las habitaciones o en el patio. A mí me seguían intrigando las imágenes que mamá trazaba en los papeles, porque no llegaba a comprender ninguna, porque nunca supe qué era lo que había en esos objetos y que mamá no podía mirar en mí, ni por qué esas cosas quietas, muertas, secas, olvidadas, merecían tanta atención y cuidados de su parte. Me gustaba mirar a mamá desde la puerta apenas abierta del cuarto. Me gustaba la sensación de mi mirada sobre ella, sobre su rostro empecinado y sus manos despiertas. Me gustaba saber que no me miraba y que yo había llegado a un grado de invisibilidad que sólo había imaginado gracias a algunos programas de la tele.

Un día, mientras yo espiaba ese rostro y esas manos, mamá me clavó su mirada severa. Ante sus ojos, sentí que mi cuerpo se había vaciado por completo de toda mi sangre y mis pensamientos. Me llené de una blancura terrorífica muy similar a la que parecían inspirarle sus lienzos nuevos.

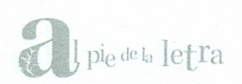
Cerré la puerta muy despacio para no hacer ruido, para que olvidara otra vez mi presencia. Ella empujó la puerta y examinó la habitación. Sus ojos no volvieron a tocarme. Después de ese día abandonó la sala-comedor para invadir las habitaciones con sus óleos y sustancias de olores fuertísimos. Todo quedó al revés: nosotros y sus fracasos de papel entre los muebles, los jarrones y la mesa, y ella con sus cosas en los cuartos. Primero fue el de adelante, su recámara, pero no sé por qué no duró más de tres días ahí. Le intrigaba mucho más nuestra habitación. Los juguetes y las

camas pequeñas, la ropa de colores en el armario, los zapatos siempre en desorden, las cortinas con el mismo payaso y el mismo tren repetido muchas veces, los pósters de caricaturas, los cuentos regados en el piso y los objetos que sólo tienen significado para nosotros pero que a mamá le gusta guardar en la bolsa negra de la basura. Yo me colaba en ese espacio para mirarla hacer sus bocetos y luego borrarlos y volverlos a hacer. Me gustaba ver esa transformación de blanco a negro carbón, de negro carbón a colores suaves, de colores suaves a la definición y textura del óleo. Yo intentaba imitarla en mis libretas de la escuela, pero ella no me dejaba tocar sus cosas, así que mis garabatos tenían que conformarse con los lápices de color y las crayolas. Pronto descubrí que podía derretir crayolas con un cerillo y con eso crear una textura más o menos parecida a la que mamá lograba con los óleos. Me gustaba sentir que podía llegar a ser como ella, que yo también podía llegar al silencio, a la concentración y a la disciplina que según mamá debía tener todo artista, aunque tampoco entendía muy bien a qué se refería con la palabra artista, puesto que para mí ésos eran los que salían en la tele cantando, bailando, en las novelas o sólo ahí parados para mostrar lo bonitos que son. En la escuela hablaban de arte, pero nunca nos dijeron que había que estar muy callado y serio y siempre a disgusto. Como sea, eso tampoco importó mucho, porque pronto mamá dejó de atender a nuestra habitación y yo dejé de querer ser artista, me dije que de ahí en adelante sólo pintaría los mapas de la escuela. Eso fue una tarde cualquiera, mientras me empeñaba en recordar cómo eran las gaviotas blancas y negras y afilaba la punta de mis lápices. Sentí mucho frío de repente. Era la mirada de mamá sobre mi cuerpo. Me inspeccionaba con una lucecita extraña titilando en sus ojos, parecía que miraba por primera vez una de sus naturalezas

muertas, como si yo fuera la sombra de un bicho intentando liberarse del miriñaque o un rincón de perfil perfecto. No pude devolverle la mirada. Tenía miedo. Ella se acercó sin decir nada. Un suspiro suyo cayó muy cerca de mi rostro. Me acarició de una manera sólida, me sentí un frasco peculiar, una hoja seca, un gran tazón. Hizo que me pusiera de pie. Me hizo dar vuelta, extender los brazos, recostarme de un lado y del otro, sin hacer muecas ni gestos. Yo obedecía y me dejaba hacer. Jugué a ser jarrón, aunque sabía que no debía romperme, por nada del mundo podía romperme. Mamá me condujo a la cama: "Quédate así, no te muevas".

Al principio me llené de un regocijo hasta entonces desconocido porque pensé que mamá me había mirado y encontrado en mí aquella belleza que sólo parecían tener los objetos de la casa. Yo no lograba entender qué era eso tan interesante o hermoso o distinto ni por qué mamá no lo había notado antes en mí. Pronto dejó de importarme, mis piernas y brazos estaban entumidos, pero al menor movimiento, al más mínimo gesto de cansancio, mamá oscurecía su mirada con una mueca paralizante. Después de un par de días, el regocijo se volvió sufrimiento y tortura. Perdí la cuenta del número de horas que tenía que pasar así, sin moverme ni suspirar, sin hablar ni pensar. Mamá apenas descansaba y esas breves pausas en que me permitía ir al baño y comer un pedazo de cualquier cosa, se convirtieron en los momentos más esperados del día. Poco a poco fui cayendo en un entumecimiento general, ya no era sólo mi cuerpo el que se engarrotaba por partes, sino también mi pensar. Las ideas e imágenes que me gustaba traer a mi memoria todo el tiempo se iban alejando hacia un sitio desconocido. Mis recuerdos se hicieron uno con aquella fotografía donde mis hermanos y yo estamos en una playa que no puedo reconocer y en la que no hay ni una sola gaviota. Eso tampoco importó mucho porque un buen día mamá me hizo recordar todo de golpe y caer en seco sobre todas las cosas que ya había olvidado. Primero no entendí muy bien su instrucción y sólo me pude quitar el saquito de la pijama. Mamá nos había educado para llevar a todas partes un pudor casi ridículo, nuestro cuerpo no debía ser mostrado a nadie, ni siquiera nosotros debíamos tocar, mirar, sentir, explorar nuestra propia piel. La miré con asombro e intriga, intenté aguzar el oído para cuando ella repitió la instrucción con una voz más penetrante y seria. Tardé varios minutos en obedecer y, extrañamente, ella esperó con paciencia, pero sin levantar esa mirada aplastante de mi cuerpo. Retomó sus lápices, mientras yo me arrebujaba pretendiendo esconderme entre las sábanas y la vergüenza. Pronto me acostumbré, no sólo a mi parcial desnudez, sino también a los ojos de mamá sobre ese cuerpo que aun para mí era desconocido.

Mamá perdonó mi inquietud los primeros días, pero luego sus órdenes retumbaban en la habitación haciendo un largo eco en mi pecho: "No te muevas". Debía imaginarme en la escenita del comedor, inmóvil, en perfecto equilibrio. Debía dejar de ser un simple jarrón para convertirme en toda una composición, en una verdadera naturaleza muerta, opaca y distante: perfecta. Me concentraba mucho, a veces hasta empezaba a sudar. Un día estuve a punto de llorar, pero me contuve y luego, sin darme cuenta, caí en un sueño oscuro y espeso. Desperté con la respiración agitada y las lágrimas secas pegadas a mis ojos. Mamá me miraba y



creí ver en sus labios algo así como una sonrisa. Yo le sonreí de vuelta, como si aquel gesto hubiera sido el abrazo de alivio al despertar de un mal sueño. Movió ligeramente su mano y yo entendí que debía regresar a la posición adecuada. Obedecí de inmediato y sentí mi rostro encenderse al notar de reojo mi desnudez total. Pensé que quizás por eso mamá hacía esa mueca que era mitad sonrisa y mitad algo horrible que me daba mucho miedo. Nunca me acostumbré a la mirada de mamá sobre mi cuerpo entero, ni a ese gesto retorcido en su boca que no desapareció mientras hacía trazos de mí sobre su lienzo. Al igual que con el resto de la casa, mamá se había apoderado de todo lo que yo era: de mi sonrisa y mis recuerdos, de mi cuerpo entero y mi piel. Dejé de pensarme. Mis ojos se congelaron en esa cosa vacía en la que me convertí, logré permanecer por completo inmóvil, sin pensar ni respirar, sin sufrir ni esperar nada. Lo último que palpitó en mi memoria fueron todas aquellas imágenes de las gaviotas blancas y negras sobrevolando un mar de cualquier color, estáticas y siempre las mismas, atravesando un cielo improbable. Creo que por fin había llegado a comprender a las gaviotas, pero eso tampoco importó mucho.



Karla Marrufo estudió la Licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Modelo y es Maestra en Literatura Mexicana. Sus libros publicados son "El éter de las esferas", "Lluvia para siente insomnes, "Atrás el cielo" y "Variaciones sobre una misma espera". Obtuvo el Premio Nacional de Teatro Wilberto Cantón.

Letras signadas

Qué es lo que en nosotros sueña lo que soñamos,
quizá los sueños son recuerdos que el alma tiene del cuerpo.

José Saramago en "El Evangelio según Jesucristo".

*

A veces hojeo las páginas de un manuscrito o las viejas pruebas
de una novela o de un libro de poemas, distraído, con disgusto,
con tristeza, como si examinara un pasaporte caduco.

Lawrence Durrell en "Justine".

*

El sol se deslíe en viento de brasa.

—Niño Guy —dijo Canek—, ni una nube.
Si no llueve pronto, se perderán las cosechas.

Al día siguiente Guy encendió una hoguera y con ímpetu se
puso a soplar con su boca y a aventar con las manos las
columnas de humo que subían.

Canek le preguntó:

—¿Qué haces?
—Nubes, Jacinto, nubes.

Ermilo Abreu Gómez en "Canek".

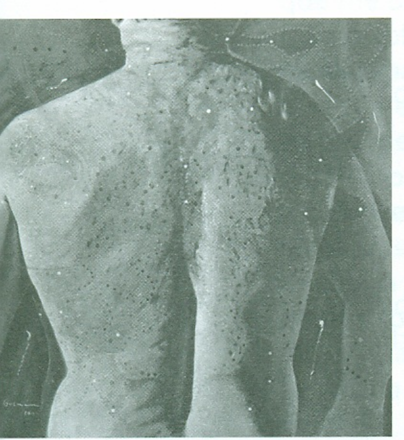
*

Somos así como las flores,
sólo nuestros cantos quedarán .

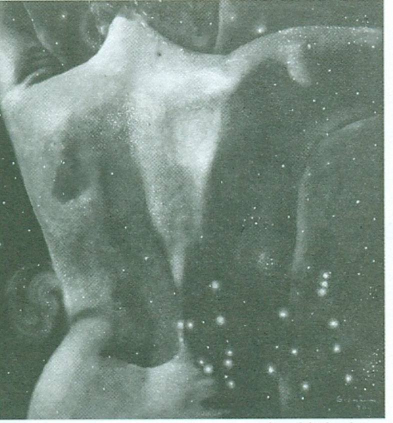
Nezahualcóyotl



Ariel Guzmán
Una espalda cargada de... historias*



El Renacimiento
Acrílico sobre tela
(100 x 100)



La Nebulosa
Acrílico sobre tela
(100 x 100 cm)

Por María Teresa Mézquita Méndez

Hace algunos años, pocos, una nueva idea se presentó ante los ojos de Ariel Guzmán... idea interesante por inquietante, atractiva, sugerente.... pero la idea no fue tan fácil ni tan accesible; es más, no lo miró de frente: le dio la espalda. Y por eso, Ariel comenzó a seguirla...

Recordemos que dos décadas atrás, poco más o menos, Ariel Guzmán había comenzado a mirar a las ciudades y sus miles de monólogos solitarios, sus ocurrencias, sus luces mortecinas o alucinantes, sus edificios paradigmáticos, sus hacinamientos... las urbes nuestras y de todos habían sido y dejado de ser en sus "Ciudades inventadas".

Ahora, después de algunos años de puntuales apariciones, "de espaldas" acudimos a "Back play", la nueva exposición del pintor Ariel Guzmán en el Macay: una veintena de trabajos en mediano formato reunidos para celebrar ese juego, esa ejecución: el rol de la espalda, el espectáculo de la anatomía...

En efecto, no sin cierta moderación, la tradición ha incluido a la espalda y las espaldas entre sus motivos pictóricos favoritos, icónicas en ejemplos memorables como la "Venus del espejo" de Velázquez o "Gala desnuda de espaldas" y "Muchacha asomada a la ventana" de Salvador Dalí; en como en los torsos exuberantes de las mujeres de Rubens, en las escuálidas bailarinas de Degas y los melancólicos cuerpos de Amadeo Modigliani.

* Versión extensa del artículo publicado en la columna "El Macay en la Cultura" en el Diario de Yucatán el 2 de febrero del año en curso.

Asimismo, hoy día la espalda sigue como una favorita y los artistas contemporáneos más proclives al arte figurativo aún la eligen como motivo principal.

Pero el factor diferenciador de lo que pinta Ariel Guzmán con todo lo anterior, parece ser, sin embargo, que la espalda no es —por lo menos no únicamente— una cuestión de anatomía. No: las espaldas que se le ocurren están más allá de sus propios cuerpos y están pintadas para lanzar acertijos al espectador en lo referente a sus originales cargamentos históricos, vitales, anecdóticos, psicológicos, imaginativos. En Guzmán están las espaldas desnudas pero cargadas de significados; son espaldas como mapas, como poemas, como historias, como incógnitas, como sueños y memorias.

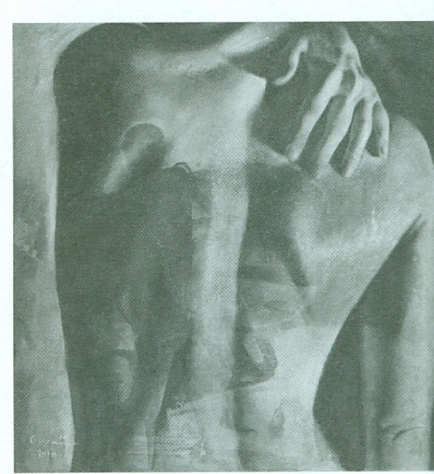
Por otro lado, la pericia del oficio es clara. Ariel ha elegido esta vez ser más figurativo que en años anteriores (comparado con colecciones suyas de estilo más deconstruido como Here & There, en la entonces galería ARO) y echar mano sin dificultad y con éxito de su control de dibujo, luz, sombra y todo lo aprendido en sus años de estudiante en La Esmeralda, en México o en su licenciatura en diseño en Hessen, Alemania.

Con respecto a las técnicas, Guzmán se da gusto con recursos de tradición reciente, heredados de las vanguardias del siglo XX y hoy más que vigentes: Acrílico sobre lienzo enriquecido con drippings, microengobes, texturas, relieves, grafismos, tachaduras, óleo abrillantado sobre hoja de plata, madera elocuente que deja a la vista la veta que se convierte en piel y diálogos intertextuales entre lienzo-pared-poema, aunados a la modernísima impresión digital.

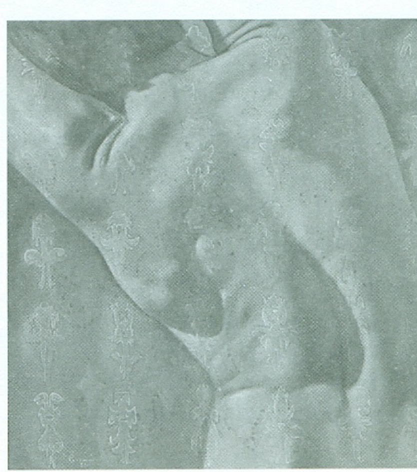
Las espaldas que pinta Ariel, mucho más que piel, son lienzo y libreta de notas, son tejido y entramado, son laboratorio, pergamino y archivo. Recreadas con una paleta selectiva



El Centro
Acrílico y óleo pastel sobre tela
(100 x 100 cm)



El Diablito
Acrílico y óleo sobre tela
(100 x 100 cm)



Los Fantasmas
Acrílico sobre tela
(100 x 100 cm)



SILUETRA

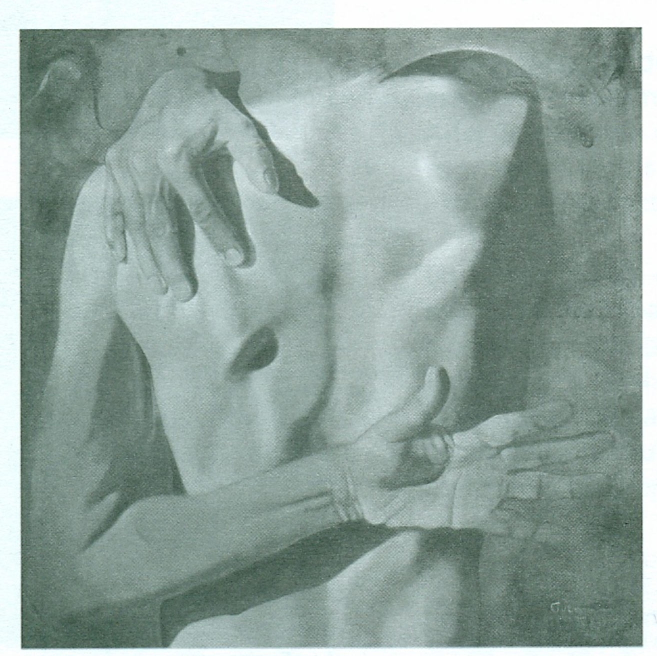


El Corazón
Acrílico sobre tela
(200 x 150 cm)

para cada pieza pero amplia en la totalidad de la muestra, no escatiman en sombras pronunciadas que reinventan vértebras y espinas dorsales, omóplatos y pliegues de piel, cicatrices y otras huellas vitales.

Un ejemplo protagonista entre las demás puede ser "Mérida" una gran espalda sobre la cual se extiende generoso el plano de nuestra capital. El título apunta: "Aquí se pintó, aquí estás, aquí vivo", y con alfileres de cabecita de color el artista localiza en el plano la ubicación del Macay ("aquí estás") y las otras dos referencias a las que alude.

En "Back Play" se suceden Juego de espaldas, La Pared, El Renacimiento, la Música, Los Caminos, La Fusión, el Balché, el Diablito, el Tacto, La Nebulosa del turix, El Cazafantasmas, El Centro, La Madera, El Deslumbre, El Rompimiento y El Producto, Viaje al sur, El Sueño y Levitando. Desde las paredes, los cuadros nos invitan a seguirlos, como Eurídice, con la condición de que no volteen a vernos… que estén siempre, siempre de espaldas, a fin de no romper el hechizo.



La Caricia
Acrílico y óleo sobre tela
(100 x 100 cm)

María Teresa Mézquita Méndez es periodista cultural desde 1989. Es profesora de la Licenciatura en Artes Visuales de la Universidad Autónoma de Yucatán. Participa en proyectos editoriales independientes. En noviembre de 2010 recibió una beca del Ministerio de Cultura español para asistir al curso "Diversidad Museal en Iberoamérica" en el Museo de América de Madrid. Por cierto, sigue pensando que el tiempo se estira...

ESPALDAS

Ariel Guzmán



El Reflejo
Óleo sobre hoja de plata
(120 x 120 cm)



Universidad Modelo
Escuela de Humanidades

Carretera antigua a Cholul, 200 mts después de periférico
C.P. 97300, Mérida, Yucatán, México.
Tel: (999) 930-19-00 Fax: (999) 930-19-10
Correo electrónico: unimo@modelo.edu.mx

www.modelo.edu.mx